

BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección TERROR
TORMENTA MENTAL
Lou Carrigan

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

491 —Un ser horriblemente monstruoso, *Ada Coretti*.

492 —Sangre en la Morgue, *Curtis Garland*.

493 —En un lugar del Averno, *Adam Surray*.

494 —El misterioso Martin Marks, *Clark Carrados*.

495 —Damas bajo la lluvia, *Curtis Garland*.

LOUCARRIGAN

TORMENTA MENTAL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 496
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.219 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1982
1.* edición en América: febrero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

EL PRINCIPIO DE LA TORMENTA

Trabajaba como ordenanza en el Senado y no era hombre de mayores aspiraciones. Para él ya estaba bien así. Conocía gente

importante, naturalmente, y sabía que era debidamente apreciado. En resumen, llevaba una vida tranquila y agradable.
Se llamaba Thomas Fowles, estaba casado, aunque sin hijos, y vivía a unas doce millas al Norte de Washington, en una casita modesta pero confortable. Es malo tener ambiciones desmedidas. Y absurdo. Y peligroso, ciertamente, porque cuando eso sucede uno nunca sabe la de imprudencias que puede llegar a cometer.
Así que Tom Fowles se tomaba las cosas con calma y aceptaba su puesto en la vida. Así estaban las cosas, así las aceptaba.
Cada tarde, invariablemente, se detenía unos minutos en el pequeño y simpático parador de carretera sito entre Washington y su casa, coincidiendo allí con algunos buenos amigos que hacían lo mismo. Charlaban un poco de todo, bromeaban, se fumaban un par de cigarrillos...
Cosas sencillas.
Luego, Tom Fowles volvía a su coche y proseguía el camino hacia su casa, tranquilo y de buen humor. La jornada había terminado, había tomado unas copas con sus amigos y pronto se reuniría con su esposa que, aunque no era una preciosidad, tampoco estaba mal. Estaba mejor de cuerpo que de cara. La cara, francamente, no hacía justicia al cuerpo, que era más bien lleno, rotundo. Tenía unos pechos absolutamente sensacionales. Y cuando él comenzaba a besarlos... Vaya, vaya, vaya. ¡Vaya!
La perspectiva de aquel día, de aquella tarde, era tan agradable como la de los anteriores. Y que durase. Una buena cena, televisión, una buena sesión de cama con su mujer...
Por el retrovisor, Tom estaba viendo las luces del coche que iba tras él. Lo había visto al salir del parador, y ya se había dado cuenta de que partía al mismo tiempo que él, pero eso no tenía importancia. Sabía que muy pronto, al llegar al desvío que solía tomar, el otro coche seguiría por la carretera principal.
Pero no había sucedido así. El coche seguía tras él, y ahora se iba acercando. De momento no le gustó mucho la cosa, y se tensó un poco. Vio cómo el otro coche aumentaba la velocidad, por supuesto dispuesto a adelantarle...
Tampoco en esto acertó Tom Fowles. El otro coche le alcanzó, en efecto, pero no le adelantó. Se mantuvo a su lado. Tom miró al otro conductor, y de momento no le reconoció. Pero el otro le estaba haciendo señas y, fijándose mejor, lo identificó por fin.
¡Caramba, aquello sí que era una sorpresa! O estaba viendo visiones o el conductor del otro coche era el senador Ira Bates... Sí, sí, era él, no cabía duda. El senador Bates le estaba haciendo señas para que le siguiera, y Fowles movió afirmativamente la cabeza. ¿Qué demonios podía estar ocurriendo?

El senador Bates se salió enseguida de la carretera secundaria, metiéndose por un camino estrecho, de tierra. Tom Fowles le siguió sin la menor vacilación y, un par de minutos más tarde, detenía su coche detrás del otro, en un solitario claro del bosquecillo. El cielo amenazaba lluvia.

Tom se apeó, acudiendo al encuentro del senador Bates que lo había hecho antes que él, rápidamente. Los dos hombres se encontraron a la izquierda de ambos coches, y Tom Fowles, verdaderamente intrigado, preguntó:

—¿Qué ocurre, senador?

El senador Bates no dijo ni palabra. Metió la mano derecha bajo su ropa, sacó un enorme cuchillo y, sin más, lo clavó en el vientre del paralizado Tom Fowles. Este lanzó un grito, retrocedió llevándose las manos a la herida y contempló con expresión desorbitada a Ira Bates.

—Dios mío... —gimió.

Retiró las manos llenas de sangre del tremendo boquete, y las miró, como si esperara que aquello no fuese verdad. Pero la sangre goteaba con profusión de sus dedos, y allá en su vientre, sentía un leve dolor y un frío que se iba extendiendo por todo el cuerpo. El senador Bates se acercó a él, y le descargó otra cuchillada que derribó a Tom Fowles. Este cayó de espaldas, convencido de que todo su cuerpo se estaba congelando, mientras la cabeza le daba vueltas. Por unos segundos, perdió el conocimiento. Cuando lo recuperó, sólo tuvo la sensación de arrastre. Todo se movía a su alrededor. Volvió a perder el conocimiento por unos segundos. Luego, vio sobre él las copas de los pinos y, por entre ellas, el cielo nuboso. Sí, seguramente llovería pronto.

Oyó, como algo muy lejano, el chasquido del capó de un coche al cerrarse. Luego, el rostro del senador Bates apareció sobre él, sonriente... Una sonrisa que dejó aterrado al semi-desvanecido Tom Fowles.

—Je, je —rió el senador—. Je, je, je, je...!

Tom Fowles pasaba de la consciencia a la inconsciencia con intervalos cortos y bruscos. En esos intervalos, supo más o menos lo que el senador estaba haciendo. En el fondo de su mente existía la orden de resistirse, pero no podía hacerlo. No podía hacer nada. Las heridas le dolían cada vez más, y no tenía fuerza para nada.

Finalmente, en uno de sus momentos de consciencia, llegó a darse cuenta de que estaba amarrado sólidamente a uno de los pinos, puesto de pie. Sus piernas no tenían fuerzas, pero las cuerdas le sujetaban. Llegaban a sus ojos las sombras y las luces.

Y, de pronto, las luces fueron deslumbrantes. Llegaron directamente a sus ojos, hiriéndolos, causándole verdadero dolor. Oyó el rugir del motor de un coche... De su propio coche, estaba seguro. Conocía el

sonido de su coche.
Vagamente, recordó lo que estaba sucediendo, lo que le había hecho el senador Bates. Y ahora, su coche estaba en marcha... ¿Quería robarle el coche el senador? ¡Qué idea tan absurda! El senador tenía su propio coche, mejor que el suyo, y, además, era una idiotez pensar semejante cosa. Una completa y solemne idiotez.
El rugido del motor de su coche se iba acercando. Las luces de los faros daban de lleno en Tom Fowles. El coche se acercaba despacio, despacio, despacio... De pronto, Fowles dejó de ver las luces, que hablan quedado por debajo de su cintura. Comenzó a sentir la tremenda presión en el vientre. Sus ojos se desorbitaron... mientras veían al senador Bates al volante de su coche, riendo.
Debía ser todo una pesadilla. No podía ser cierto que el senador lo estuviese aplastando contra un árbol con el coche, claro que no... De pronto, dejó de sentir la presión. La cabeza le daba vueltas. El coche estaba retrocediendo, había dado marcha atrás. De nuevo las luces dieron de lleno en los ojos de Tom Fowles...
Y el coche volvió, ahora con más velocidad.
Tom Fowles llegó a sentir con harto dolor el impacto de su coche contra su vientre. Pero ni siquiera llegó a enterarse de que moría reventado.

CAPITULO PRIMERO

Helen Mc Dermont, doctora en psiquiatría, se puso en pie cuando se abrió la puerta de su despacho, y acudió al encuentro de su nuevo cliente, que por cierto no habla pedido hora con antelación, sino que se había presentado en su consultorio de buenas a primeras. Había estado a punto de rechazarlo, pero su ayudante había dicho que el señor Parks parecía dispuesto a todo, y ella no tenía ganas de complicaciones.

—¿Cómo está, señor Parks? —se interesó cortésmente, tendiéndole la mano.

—Estupendamente, gracias —sonrió Frederick Parks.

Helen frunció un instante el ceño, retiró la mano que él, más que estrechar, parecía acariciar, y dijo:

—No debe de estar tan estupendamente cuando se ha presentado sin pedir hora en busca de mis servicios.

—Es que se trata de una visita secreta. Cuanta menos gente se entere de esto, mejor.

—Ya. ¿Prefiere que conversemos sentados o desea tenderse en el sofá?

—Me tenderé en el sofá, si no le importa. Estoy un poco cansado.

Helen asintió. Señaló el sofá a Parks, y éste se tendió, suspirando con evidente placer. En efecto, parecía cansado. Era un hombre joven, bien vestido, atlético, muy atractivo... y hasta de aspecto sumamente simpático.

—Pues anda que usted... —dijo Parks.

—¿Qué? —respingó Helen Mc Dermont.

—Que yo no estoy nada mal como hombre, pero usted está tremenda como mujer.

—Es usted muy perspicaz, según parece. En efecto, lo estaba valorando.

—Claro. ¿Y qué puntuación me da usted?

—Pues... un nueve —sonrió Helen.

—¿No es un poco tacaña? Pero, en fin, como no soy rencoroso, yo le doy a usted un diez. Un 10, ¿comprende?

—Sí, sí, comprendo. Le parezco algo así como una Bo Derek.

—Claro que no —gruñó Parks—. La Bo Derek parece que tenga los pechos de madera, o de cartón piedra, o de plástico. Los de usted se ven más naturales. Y de cara también me gusta un horror más: con esos ojazos, el cabello rojo, esa boca tan preciosa... ¿He dicho un 10? Rectifico: ¡le doy un 100!

—Señor Parks —preguntó secamente Helen—: ¿cuál es su problema?

—¿El mío personal?

—Por supuesto.
—Bueno, mi problema personal es que en cuanto vi las fotografías de usted me enamoré en el acto. Fue un flechazo terrible, casi me atrevería a decir que doloroso. Nunca me habla ocurrido nada igual. Entonces me dijeron: «Bueno, Freddy, si te lo vas a tomar así, enviaremos a otro a conversar con la doctora Mc Dermont». Y dije que ni hablar, que quería venir yo. Y aquí me tiene, con ese gravísimo problema... porque supongo que si le pido que me ame se negará usted. Y que conste que no soy ningún obseso sexual ni nada parecido.
—¿Qué es usted entonces, señor Parks?
—Pertenezco al servicio de seguridad de la Casa Blanca?
—No me diga.
Parks sacó una tarjeta de identificación, que tendió a la bellísima doctora. Esta la tomó, la examinó brevemente, y volvió a mirar a Parks... que ahora le tendía un sobre.
—Contiene las fotografías de cinco hombres —dijo Parks—. Le ruego que les eche un vistazo. Cada fotografía explica quién es el sujeto en cuestión.
Desconcertada e interesada al mismo tiempo, Helen Mc Dermont tomó el sobre, y sacó las fotografías. En cada una de ellas constaba el nombre del personaje. Cinco, en efecto: Albert Watkins, abogado; Silvan Fisker, secretario del Ministerio de Justicia; Ira Bates, senador; Stephen Kendall, coronel de la U.S.A.F.; Benjamín Tolliver, subjefe de seguridad interior de la Casa Blanca. El de más edad era Silvan Fisker, que parecía tener entre cincuenta y ocho y sesenta años. El más joven, sin duda alguna, era el abogado Albert Watkins, que era a la vez el más atractivo de todos. Los demás no tenían nada que valiera la pena destacar.
—Muy bien —murmuró Helen—, ¿Qué les ocurre a estos caballeros?
—No lo sabemos con exactitud. Lo que sí está claro es que padecen... leves trastornos psíquicos que esperamos sean transitorios. La Casa Blanca, en la que reina una gran inquietud, la ha seleccionado a usted para que los atienda... esperamos que con éxito.
—Señor Parks, esto, como broma, sería una estupidez.
—Sin duda. Pero no es una broma.
—De acuerdo. ¿Qué clase de trastornos padecen exactamente?
—En las últimas semanas han cometido errores tremendos en sus respectivos trabajos. Están como... atemorizados. El diagnóstico base es que padecen lo que hace algún tiempo estuvo muy de moda: angustia vital.
—¿Lo que ahora llamamos stress?
—No, no. El stress, según creo, no implica necesariamente angustia. Y ellos están angustiados.

—Comprendo. Bien, ¿qué explicación dan a su estado de angustia?
—Ninguna. Dicen que no les pasa nada, que son figuraciones nuestras, que están perfectamente. Han aceptado de muy mala gana este internamiento a que se les ha sometido en una quinta, en el Estado de New Hampshire. Pero lo necesitan. Están francamente angustiados, como... como torturados por algo que se niegan a decir.
—¿Y yo tengo que averiguar qué les ocurre exactamente?
—La Casa Blanca ha creído conveniente confiar en usted. Tenemos ya psiquiatras con esos hombres, pero el prestigio de usted nos ha impelido a solicitar sus servicios. Bueno...
—¿Sí?
—Su prestigio todo sea dicho —la miró sonriente Frederick Park. Se ha pensado que una mujer podría abordar la situación con más... dulzura.
—Es un interesante punto de vista.
—Dulzura que, no obstante, esperamos no le impedirá a usted penetrar en las mentes de esos hombres. Hay mucha inquietud en la Casa Blanca, pues lo que les esté ocurriendo a esos cinco hombres podría afectarla de un modo u otro. ¿Comprende?
—Desde luego. En cuanto a esos cinco hombres... ¿han pasado últimamente por alguna situación particularmente angustiante debido a sus trabajos o vida privada?
—No. Nada especial relacionado con sus trabajos. Y en cuanto a sus vidas privadas, y hasta donde nosotros hemos podido averiguar, todo está normal, todo en orden.
—¿Alguno de ellos tiene familia?
—Excepto el abogado Watkins todos tienen familia.
—¿Y qué dicen las familias de ese estado angustiado de ellos?
—No tienen ni idea. Están como nosotros, en blanco. Cada una de esas familias asegura que el afectado ha llevado en todo momento una vida normal, todo les va bien, no tienen ninguna clase de problemas... Sin embargo, todos convienen en que algo les está ocurriendo.
—Y ellos se niegan a admitirlo.
—Así es.
—¿Se les ha examinado físicamente? Quiero decir que tal vez las drogas tengan algo que...
—No. Físicamente están perfectos, y ninguno de ellos es adicto a ninguna clase de drogas, y beben moderadamente.
No han tenido relaciones especiales con nadie últimamente, ni exceso de trabajo... Nada.
—Pero su estado de... desquiciamiento es patente, ¿no?
—Intentan disimularlo, pero es patente, en efecto.
—¿Les ha ocurrido a todos a la vez, o escalonadamente?

—Es imposible saberlo con exactitud, pero parece que todos empezaron a estar... angustiados más o menos al mismo tiempo.
—¿Tienen algún cometido especial relacionado con la Casa Blanca, algo que pudiera ocasionar trastornos a nivel nacional o internacional debido a su estado?
—Todos ellos, empezando por el abogado Watkins, que forma parte del equipo asesor del señor Presidente, y terminando, naturalmente, por el coronel Kendall, que forma parte del sistema de alerta militar norteamericano. Los otros tres son... o han sido hasta ahora personas de la máxima confianza del señor Presidente, cada uno en su cometido.
—¿Las familias de ellos también llevan una vida normal, como hasta antes de que ocurriera esto?
—Absolutamente normal. Se ha investigado eso a fondo, claro.
—En resumen, que no saben nada de nada, que no tienen ningún indicio respecto a la... patente alteración de esos hombres.
—No sabemos nada. Ya le digo que los tenemos confinados en una quinta cerca de una pequeña localidad de New Hampshire, y los están atendiendo tres psiquiatras por supuesto de alto nivel, pero hasta el momento no han conseguido nada. Ellos siguen negando, mostrándose reacios y hasta en ocasiones hostiles.
—Si esos colegas míos son realmente de alto nivel, no deben estar tratándolos como locos, espero. Bueno, señor Parks, ¿se supone que yo debo aceptar examinar a esos hombres?
—Nos gustaría que usted se instalara con ellos, que conviviera con ellos. Comprendemos que no le ha de resultar fácil abandonar su propio consultorio aquí, en Nueva York, pero... hemos confiado en su colaboración con la Casa Blanca.
—No me impresiona demasiado la Casa Blanca, señor Parks, de modo que deje de mencionarla.
—De acuerdo —sonrió Parks—. Entonces, digamos que se lo pido yo. ¿Le gusta más así?
—¿Por qué habría de gustarme más? Usted es sólo un desconocido para mí... Y además, podría estar rematadamente loco y divirtiéndose ahora a mi costa.
—Si lo desea, puedo ponerla en contacto con el señor Presidente.
—¿Lo haría?
—En el momento en que usted lo pida. Están esperando su respuesta.
—¿Y si no acepto?
Frederick Parks frunció el ceño un instante.
—Mucho me temo que esos cinco hombres serían sometidos a procedimientos más drásticos para que nos explicaran sus problemas. Ya le he dicho que hemos recurrido a usted buscando una solución... dulce, por decirlo de algún modo. A fin de cuentas, todos esos

hombres están de un modo u otro al servicio de la nación, y merecen lo mejor.
—Pero si no acepto yo, que ustedes consideran lo mejor, serán... presionados por cualquier medio.
—Lamentablemente, habrá que recurrir a procedimientos desagradables. Esto no es un juego,, doctora. Esos hombres son piezas pequeñas, pero importantes. Nunca se sabe lo que podría ocurrir si las piezas pequeñas empezasen a fallar.
—¿Quiere decir que temen que eso mismo les siga ocurriendo a otros hombres relacionados con la Casa Blanca?
—Se está especulando sobre esa posibilidad.
—Sí, realmente, tiene sentido. Bueno, señor Parks: ¿dónde está la quinta?
—Unos compañeros míos la llevarán allá, si usted acepta.
—Creí que me acompañaría usted.
—Yo nunca estaré demasiado lejos de usted, pero... mi trabajo es un tanto... ¿cómo lo diría... ?
—¿En la sombra?
—Sí. ¿Acepta usted?
—Desde luego. Pero, señor Parks, si yo voy allá quiero hacer las cosas a mi manera, es decir, que no estaré bajo las órdenes o directrices de nadie. Cada cual tiene su sistema, y el mío me gusta.
—De eso se trata. ¿Me da usted un beso?
—¿Por qué habría de hacer semejante cosa?
—Por varias razones: nos hemos conocido, estoy contento porque usted ha aceptado, nos vamos a despedir pronto, nos hemos entendido bien... y sobre todo, porque la amo desesperadamente y estoy deseando besarla.
—¿Y qué más?
—Bueno, detrás de una cosa viene la otra. Yo soy de los que saben caminar paso a paso. ¿Empezamos con el beso?
—Tal vez en otra ocasión, señor Parks. Es evidente que usted tiene nervios de acero y un envidiable sentido del humor, pero en mi opinión éste no es momento de besuqueos. Dígales a sus amigos que estaré lista dentro de una hora. ¿Está bien así?
—Por el momento —se incorporó Parks en el sofá —. Pero no olvide que me debe usted un beso... como principio de un gran amor.

CAPITULO II

A través del cristal de la ventanilla del automóvil, la pelirroja doctora Helen Mc Dermont, especializada en psiquiatría y psicología, vio finalmente la quinta, por entre altos árboles y bajo un cielo gris y sombrío.
Torció levemente el gesto. Claro que el tiempo que había dejado en Nueva York no era mucho mejor, pero allí todo parecía... sí, más sombrío, ésa era la palabra. Había en el aire como una masa de algodón gris en suspensión. Y ciertamente, debía hacer frío. La primavera no había llegado todavía a New Hampshire.
El hombre que iba sentado junto a ella en el asiento de atrás, y que pocos segundos antes le había anunciado que ya estaban llegando, señaló la casa en silencio, y ella asintió. El que iba al volante comentó:
—Va a llover en cualquier momento.
—Sí —dijo el otro—. De todos modos, estará usted muy bien en la quinta, pues nos hemos ocupado de ello.
—Se lo agradezco mucho a todos —dijo amablemente Helen—, pero preferiría que hubieran llevado a esos hombres a un lugar menos... triste. Una isla del Caribe, por ejemplo.
—Estaríamos mucho más lejos de Washington.
—¿Y qué?
El hombre no supo qué contestar a esto.
El automóvil se metió entre los árboles, cruzó las verjas abiertas y continuó, siempre por entre árboles, hacia la casa, en efecto vieja y bastante deslucida. Helen no tardó en divisar, por entre los árboles, un par de hombres que deambulaban lentamente, provistos de trincheras y sombreros. El hombre que iba a su lado se dio cuenta de que ella había captado esto.
—Hay vigilancia dentro y fuera de la casa.
—¿Acaso temen algo concretamente? Quiero decir, procedente del exterior.
—¿Del exterior? Bueno, pues del exterior concretamente, no, pero sí se teme que esos hombres intenten escapar. No están muy conformes ahí dentro, ésa es la verdad.
—Es comprensible. Deben considerarse prisioneros.
—Supongo que sí. Pero no se trata de eso, y ellos lo saben muy bien. Lo que todos estamos deseando es ayudarles.
—Pero ellos dicen que no necesitan ayuda de ninguna clase.
—Eso dicen, sí,
Helen Mc Dermont asintió. Debían ser las cuatro y media de la tarde, pero pronto oscurecería, debido al cielo encapotado. De ninguna manera podía ser agradable estar dentro de aquella casa desconocida y en un ambiente tan tétrico.

—Insisto en que debieron buscar un lugar diferente a éste. No levanta precisamente el ánimo.
—Tal vez, si usted insiste en eso, consiga que los trasladen a una isla del Caribe —sugirió el hombre sentado junto a ella.
—Bueno, ya veremos.
El coche se detuvo frente a la casa, cuya puerta se abrió. Apareció un hombre que se
acercó al vehículo, del cual se había apeado rápidamente el conductor, para abrirle la puerta a la doctora Mc Dermont. Esta se lo agradeció con una sonrisa, y fue hacia la casa, convergiendo con el hombre que había abierto la puerta, y que le tendió la mano.
—Soy el doctor Beaman —se presentó —. Earl Beaman. Encantado de tenerla entre nosotros, doctora Mc Dermont.
La pelirroja le dirigió una mirada sonriente, aceptado su mano. Beaman también sonrió, como divertido.
—Me alegra conocerle, doctor —dijo Helen.
—Es usted muy amable. Y muy bonita. Quizá eso le sea de utilidad para intimar más con nuestros pacientes.
—Supongo que está tratando de decir que a menos que los convenza con mi belleza no conseguiré saber de ellos más cosas que ustedes. O sea, que no confían en mi... ciencia, sino en mi belleza.
—No, no... No he querido decir eso, de veras.
—Yo creo que sí ha querido decirlo. Usted y los demás doctores están seguros de que lo que no han conseguido ustedes ya, no podré conseguirlo yo de ninguna manera. ¿No es así?
—Viene usted muy agresiva —sonrió de nuevo Earl Beaman.
—No es ésa mi intención. Pero si me atacan saco las uñas.
Beaman movió la cabeza, y volvió a tender la mano.
—Empecemos de nuevo... —pidió—. Bien venida, doctora Mc Dermont. ¿Cómo está usted?
—Muy bien, gracias —rió Helen—, Encantada de conocerle, doctor Beaman.
—Eso está mejor, ¿verdad? Bueno, entremos, y charlaremos un ratito mientras llevan sus cosas a la habitación que se le ha destinado.
Entraron en la casa. El vestíbulo era enorme. Dos hombres, uno de ellos barbudo, descendían rápidamente la amplia escalinata, procedentes del piso superior, y se acercaron a ellos con sonrisa circunspecta. Beaman los presentó como los doctores John Nichols y Elbert Pough; éste era el barbudo, y sus pequeños ojos oscuros y penetrantes parecieron querer llegar al fondo de los de la joven y bella doctora.
—Su belleza va a...
—Doctor Pough —cortó Helen Mc Dermont—, yo no he venido aquí para participar en un concurso de belleza, ni para impresionar a nadie

con mi linda carita o mis esbeltas piernas. ¿Puedo confiar en que tendrán ustedes bien presente esto a partir de ahora mismo?
Pough quedó boquiabierto. Beaman rió.
—Cuidado con ella —dijo—: saca las uñas muy rápidamente... y las tiene muy afiladas.
—Solamente quería decir que es muy bonita —gruñó Pough.
—¿Se sorprenderá usted, doctor, si le digo que eso ya lo he oído antes de ahora? —replicó Helen.
John Nichols, que era gordito y de aspecto bonachón y apacible, se echó a reír.
—Propongo que vayamos los cuatro a tomar un café al salón —dijo.
—De acuerdo —aceptó enseguida Helen—, ¿Están nuestros pacientes en el salón?
—Claro que no —negó Pough—, Cada cual está en su habitación... como siempre.
—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que no quieren estar juntos?
—Lo que no quieren, lo ignoramos. Pero sabemos que sí quieren estar solos. Bueno, también sabemos que no quisieran estar aquí.
—En eso estoy de acuerdo con ellos. ¿Sería posible que el café lo tomase a la italiana, por ejemplo? Cada día me gusta menos nuestro ligero café americano.
—¿Es usted una mala patriota? —rió Beaman.
Helen Mc Dermont se quedó mirándolo fijamente. De pronto, se echó a reír, y se encaminó hacia la gran doble puerta que sin duda correspondía al salón.
Poco después, los cuatro tomaban café, servido por un sujeto alto y de modales impecables... que llevaba una pistola en la funda axilar, lo que Helen no dejó de notar.
El salón era muy amplio y bien amueblado, aunque un tanto recargado, pasado de moda. Estaba claro que aquella quinta se hallaba habitualmente desocupada, y que sólo era utilizada de cuando en cuando. De todos modos, resultaba aceptablemente confortable, ahora que hacía varios días que habla personas en ella,
—Me imagino —dijo Helen Mc Dermont—que habrán tomado ustedes notas durante estos días y que tendrán la amabilidad de prestármelas.
—Hemos tomado notas de toda clase, aquí y antes de venir todos aquí —dijo Pough—, Incluso tenemos electroencefalogramas, electrocardiogramas... bueno, todo eso, usted ya sabe. Pero si le parece bien, podemos ahorrarle a usted tiempo y molestias.
—¿Qué quiere decir?
—Quiere decir —intervino Nichols—que todas las pruebas realizadas indican sin lugar a la menor duda que nuestros cinco pacientes se hallan en perfectas condiciones físicas y mentales. Sin embargo, para nosotros es evidente que se hallan sometidos a una gran angustia.

Eso es todo... y así de simple.
—Les agradezco mucho el informe —sonrió Helen—, En realidad, iba a pedirles precisamente eso: que me lo resumieran brevemente y a tenor de las evidencias puras y simples. Muchas gracias. ¿Ha llovido por aquí estos días?
—Desde luego —se desconcertó Beaman, como los otros dos.
—¿Nada de sol?
—Prácticamente nada de sol. Pero tal vez le siente bien a usted una temporada de... sombra. Parece que ha estado últimamente tomando demasiado el sol.
—Sí —asintió Pough—, está usted deliciosamente bronceada... si no la ofende que diga eso.
—Cosas de la ciencia y la técnica: sol artificial, queridos colegas.
—Pues no lo parece. ¿Más café?
—No, gracias. Creo que debo subir a instalarme. ¿A qué hora es la cena?
—A las siete. Pero esperamos tener el placer de verla antes de esa hora. Nos gustaría charlar más largamente con usted.
—Habrá tiempo para todo. Bien, hasta luego.
Helen abandonó el salón. Afuera, en el vestíbulo, había un hombre alto, de rostro anguloso, que evidentemente también llevaba una pistola en la axila, y que se quedó mirándola sonriente. Helen también le sonrió, guiñó simpáticamente un ojo, y emprendió la ascensión por la amplia escalinata. Una de las habitaciones del piso de arriba tenía la puerta de par en par, y comprendió que había sido dejada así a propósito, para que ella comprendiera que era la suya al ver su equipaje sobre la amplia cama.
Entró, cerró la puerta, y, tranquilamente, procedió a colocar sus cosas en el armario, excepto el maletín forrado de raso negro, que dejó dentro de aquél sin abrirlo. Echó un vistazo final al dormitorio, incluido el cuarto de baño anexo, y salió de la habitación.
Segundos después, llamaba a una de las puertas situadas frente a la suya. Al otro lado no se oía nada. Como si no hubiera nadie. Pero a los pocos segundos la puerta se abrió. Gracias a las fotografías, Helen identificó en el acto al hombre: Sil van Fisker.
Este se quedó mirándola en silencio, fruncido el ceño.
—Señor Fisker, soy la doctora Helen Mc Dermont —se presentó ésta —. Espero que ya le hayan advertido de mi llegada.
—Sabía que iba a venir usted —asintió Fisker—. ¿Qué desea?
—Me gustaría conversar unos minutos con usted.
—¿Otro test para locos?
—Sólo quiero que hablemos de persona a persona.
—Está bien. Pase, doctora. ¿Tiene usted cigarrillos?
—Pues no... Pero tengo en mi habitación. Con gusto los iré a buscar,

si lo desea.
—Se lo agradecería mucho.
Helen asintió, y fue en busca de los cigarrillos. Cuando regresó, la puerta del dormitorio de Silvan Fisker estaba abierta. Entró, cerrando tras ella. Fisker se habla quitado el batín y puesto la chaqueta, y se estaba colocando bien la corbata. Aceptó con gesto agradecido el cigarrillo, lo encendió, y señaló a Helen un sillón. El se sentó en el borde de la cama.
—Usted parece más lista que esa pandilla de buitres —dijo de pronto Fisker—. Espero que nos dé pronto de alta y podamos regresar a casa todos.
—Le aseguro que eso me complacería tanto como a usted. Pero, señor Fisker, ya que ha tocado usted el tema, le diré que es evidente para todos los que han estado relacionados con ustedes últimamente que algo les ocurre. Algo que les tiene angustiados.
—Tonterías.
—No son tonterías. Mi intención es ayudarles, pero me temo que no conseguiré nada si ustedes no me ayudan a mí. Eso está claro, ¿verdad?
—Le aseguro que a mí no me ocurre nada. Nada en absoluto.
Helen Mc Dermont estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos grises de Silvan Fisker, que ni siquiera parpadeó. De pronto, Helen se puso en pie y, sin decir palabra, salió de la habitación.
Eligió otra puerta, y llamó. Al poco, la puerta se abrió, y apareció el joven abogado Watkins, con gesto visiblemente enfurruñado. Pero al ver a Helen alzó las cejas, parpadeó, y, de pronto, sonrió.
—Caray... —dijo—, ¿No quiere usted pasar, preciosa?
—Con mucho gusto, señor Watkins —sonrió Helen, entrando—. Soy la...
—¡No me lo diga! ¿La repartidora de besos a domicilio?
—Pues no —rió Helen.
—¿La dama de compañía de este pobre muchacho encarcelado?
—Me temo que tampoco soy eso... Aunque no tengo inconveniente en hacerle compañía un rato, desde luego.
—Sea usted bien venida —Watkins cerró la puerta—. ¿Desea tomar algo? ¿Whisky, cerveza, café, ron...?
—¿Tiene usted todo eso aquí? —se sorprendió Helen.
Albert Watkins volvió a parpadear, como sorprendido.
Luego, frunció el ceño, y masculló:
—Pues no, no tengo nada de eso aquí. Un error disculpable... Por un momento he creído que era un hombre libre, que estaba en mi confortable apartamento de soltero y que me visitaba una muchacha preciosa para hacer el amor, por ejemplo.
—Usted no está encarcelado, señor Watkins. Sólo está aquí para ser

sometido a observación con el fin de ayudarle.
—Ya. Ayudarme, ¿eh? Bueno, eso es muy fácil, doctora Mc Dermont: diga usted que estoy completamente sano y normal, ordene que me envíen a casa y me habrá ayudado. ¿Va a hacer eso?
—Por el momento no puedo hacerlo, señor Watkins. Antes tengo que conversar con usted.
—Pues conversemos. Siéntese donde quiera... Y dígame: ¿de qué quiere que conversemos? ¿Del tiempo, del amor, de deportes, de política, de... ?
—¿Por qué está usted angustiado?
Por un instante brevísimo apareció en el atractivo rostro de Albert Watkins una auténtica expresión de angustia, tan profunda y clara que Helen se estremeció. La captó perfectamente, no tuvo la menor duda al respecto. Ni siquiera hacía falta ser doctora en psiquiatría para darse cuenta. Pero todo fue brevísimo, y Albert Watkins consiguió en el acto una sonrisa.
—¡Ya volvemos con ese cuento! —exclamó—. Escuche, soy joven, guapo, gano bastante dinero en mi trabajo, nada menos que en el servicio de asesoría de la Casa Blanca, tengo un apartamento estupendo, coche... y todas las amiguitas que quiero. Veraneo en las Bahamas, en el Caribe, en Méjico... ¿Por qué demonios tendría que estar angustiado?
Helen Mc Dermont no contestó. Se estaba dando cuenta de una cosa con toda claridad: si seguía con Watkins o con los otros por el procedimiento habitual, es decir, el que sin duda habían estado utilizando Pough, Beaman y Nichols, no iba a conseguir absolutamente nada, se estrellaría contra la barrera defensiva que cada uno de aquellos hombres habla levantado para protegerse de inquisiciones.
No, no sería como psiquiatra formal como conseguiría algo de aquellos hombres, ni siquiera la más pequeña información. Ellos conocían ya los métodos, el sistema, y se habían protegido. Así de simple.
De modo que Helen Mc Dermont ofreció una de sus sonrisas.
—Entonces... ¿no lo está? —preguntó.
—¡Claro que no!
—No sabe cuánto me alegro, señor Watkins, porque así podré tacharlo a usted de la lista y dedicarme a los demás con más tiempo. Bueno, espero que no lo esté pasando del todo mal aquí, y que en breve podrá regresar a su agradable vida. Si yo fuese usted me lo tomaría como unas... insólitas y tranquilas vacaciones.
—¿Me está tomando el pelo? —gruñó Watkins.
—Santo cielo, claro que no. Bien, ya que usted evidentemente no precisa de mi ayuda en ningún sentido será mejor que no le moleste

más. Espero verle durante la cena.
—Tal vez baje a cenar —murmuró Watkins.
Helen sonrió de nuevo, le tendió la mano, y salió de la habitación. Se quedó en el pasillo, inmóvil, tras cerrar la puerta. Dentro del dormitorio de Albert Watkins no se oía nada. Como si no hubiera nadie. Pero de pronto, cuando Helen se disponía a llamar a otra de las puertas, oyó dentro una rápida carrera, el golpe de una puerta contra la pared, y, enseguida, un rumor ahogado y violento que tardó todavía tres o cuatro segundos en identificar: Albert Watkins había corrido al cuarto de baño, y ahora estaba vomitando... Se oían sus arcadas con una violencia terrible, espantosa.
Luego, el silencio.
Helen Mc Dermont decidió no entrevistar a nadie más aquel día. Ya vería a los otros tres durante la cena.

CAPITULO III

Pero se equivocó.
Precisamente, el único que bajó a cenar fue Silvan Fisker, que indudablemente, tal vez por ser el mayor, era el más entero, el más sólido de mente, el más duro de penetrar. Los otros cuatro decidieron cenar en sus respectivas habitaciones por lo que la cena les fue servida allí.
Silvan Fisker era, además, un hombre sumamente inteligente, y eso era fácil de captar en tan sólo unos minutos de conversación. Parecía que se tomaba la cosa como si estuviera invitado en casa de unos amigos, mientras que Pough, Beaman y Nichols dirigían frecuentes miradas a Helen como diciendo: ¿qué le parece, cree que este hombre está normal?
Normal o no, lo parecía, y Helen sostuvo todo el peso de la conversación con Fisker, mientras los psiquiatras se limitaban a escuchar, haciendo algún que otro comentario esporádico. Finalizada la cena, Fisker tomó una copa de coñac con el café, y se fumó un cigarro habano, plácidamente. Cuando se retiró, debían de ser cerca de las nueve y media. Afuera, la noche parecía de algodón gris empapado en agua, y, tras una de las ventanas del salón, Helen Mc Dermont la contemplaba, silenciosa ahora, pensativa.
—Bien... —se colocó Beaman a su lado—, ¿qué le ha parecido nuestro paciente?
Helen lo miró lentamente.
—Es un hombre de mente muy sólida —murmuró.
—¿De veras? Sí, debo admitir que la impresión que da es ésa. Tal vez nos estemos equivocando con ellos, a fin de cuentas.
—No. Eso no. Está verdaderamente angustiado.
—Ah... ¿Usted también está convencida de eso?
—Desde luego. Perdone un momento —se volvió Helen hacia el hombre que les había servido el café—. Barry, ¿han retirado ya la cena de los internados?
—Así es, doctora.
—¿Han cenado bien?
—Normal. Bueno, excepto el señor Watkins: él no ha probado bocado. Hemos retirado su cena tal como se la servimos.
—Gracias, Barry.
—¿De qué se trata ahora? —se acercó Pough—, ¿Por qué ha preguntado usted eso a Barry?
—Simple rutina médica, naturalmente. Me pregunto si es la primera vez que el señor Watkins, o cualquier otro, rechaza la comida.
—Lo han hecho otras veces. Eso de no tener apetito en determinado momento nos pasa a cualquiera.

—A cualquiera, no. A mí no me ocurre, doctor Pough. ¿Y a usted?
—De cuando en cuando.
—En ese caso le sugiero que haga ejercicio, a fin de recuperar el apetito. Porque, ¿sabe usted?, lo normal es tener apetito. La ausencia de éste implica que algo no está funcionando bien en nuestro organismo.
Pough estuvo unos segundos silencioso, mosqueado, antes de decir:
—La salud física de esos hombres es perfecta. Y en todo caso, esas fases de inapetencia no pueden ser consideradas anormales.
—Yo estoy de acuerdo con Pough —dijo Beaman.
—Francamente, yo también —dijo Nichols, sentado en un sillón, copa de coñac en mano.
Helen los miró a los tres, sonrió y bostezó graciosamente.
—Discúlpenme, pero me está entrando sueño. Estoy un poco cansada, además, por el viaje. Espero que mañana podré conversar con ustedes con más lucidez. Buenas noches.
—Buenas noches —sonrió Beaman.
—Que descanse —desearon Pough y Nichols.
La doctora Mc Dermont sonrió de nuevo, hizo un gesto de despedida y abandonó el salón. Poco después cerraba tras de sí la puerta de su habitación, se desnudaba, se ponía un gracioso pijama azul celeste, y encendía un cigarrillo. Se sentó en una butaca, y quedó pensativa.
Diez minutos más tarde, se acostó y apagó la luz.
Realmente, tenía sueño, deseaba y necesitaba dormir.

* * *

«Y si me duermo, será peor —pensó Albert Watkins—, porque estoy seguro de que volveré a soñarlo. Dios mío, si estoy despierto lo veo, y si estoy dormido lo sueño... ¡Oh, Dios mío!»
Estaba tendido en la cama, boca arriba, inmóvil, con los ojos muy abiertos a la oscuridad completa del dormitorio, pues había cerrado las ventanas para no ver la noche, que le parecía tenebrosa. Casi tan tenebrosa como sus pensamientos, sus recuerdos...
No.
Nada de recordar.
Y nada de dormir, nada de soñar.
Tenía que pensar en algo diferente, tenía que acostumbrarse a conseguirlo. Porque dormido no tenía defensa, no podía controlar su mente ni sus sueños, pero despierto sí podía, o, al menos, tenía que poder. ¡Tenía que conseguir no ver más aquella película en su mente!
Podía pensar en cosas agradables. Aunque lo había intentado muchas veces, sin conseguirlo del todo. Pensaba algo, pero la película volvía, lenta e implacablemente. Era como si, poco a poco, se

fuese revelando aquella maldita película en la pantalla de su mente. O como una fotografía metida en la cubeta del líquido revelador: la imagen iba apareciendo poco a poco, hasta que aparecía nítida y perfecta.
¡Ya está! Podía pensar en la doctora Mc Dermont, que estaba como un tren. Sí, la pelirroja doctora Mc Dermont estaba muy, muy buena. ¡Estaba buenísima! Eso era: buenísima. De buena gana le metería un polvo. O mejor, media docena de polvos. Sí señor, la doctora Mc Dermont estaba como un tren. Podía imaginársela desnuda, con aquella hermosa cabellera roja y suelta cayendo sobre sus hombros blancos, blancos, blancos...
Aunque no debían estar blancos, sino bronceados. El rostro sí lo tenía bronceado, así que también debía tener bronceado el cuerpo. Quizá había estado de vacaciones hasta entonces, en algún lugar con sol. Porque aquel color no podía ser de sol artificial... ¿O sí? Bueno, cualquiera sabe. De todos modos, ¿qué importaba que sus hombros fuesen blancos o bronceados? Debía tenerlos preciosos, eso era lo seguro. ¿Y los pechos? ¡Ah, debía tener unos pechos exquisitos! ¿Pezones grandes o pequeños? A él le gustaban grandes, pero a veces los pequeños también resultaban agradables...
Era una preciosa niña negra que estaba jugando en un pequeño jardín detrás de la casa. Estaba anocheciendo. Todavía hacía un poco de frío, pero podía soportarse. La niña estaba jugando sola, con una muñeca negra pero que tenía los cabellos rubios.
La niña debía tener cinco años. No más. Era muy bonita. Tenía los ojos grandes, brillantes, como de porcelana, y la frente tersa y bien curvada. Seguro que era una niña inteligente. ¡Y tan bonita...!
¿Por qué la muñeca negra tenía los cabellos rubios?
Claro que había muchas negras que se teñían de rubio los cabellos, pero era absurdo. Las cosas son como son, ¿verdad? Si uno es negro, pues es negro, eso es todo. ¿A qué tanta complicación? Y a fin de cuentas, ¿qué tiene de malo ser negro? Al menos, no lo tenía para él. Nunca había sido racista, nunca, y por supuesto, tenía amigos de raza negra, faltaría más. Había negros mucho más humanos e inteligentes que muchísimos blancos que él conocía. Bueno, pero esto ya se sabía, no había que darle más vueltas.
Sin embargo, aquella muñeca de cabellos rubios en manos de la niña negra...
No.
No, no, no... ¡No, la película otra vez, no!
Albert Watkins se sentó de un salto en la cama, encendió la lamparita de la mesa de noche, y se quedó mirando alrededor con ojos desorbitados. Estaba transpirando copiosamente.
La película otra vez no, por favor. No. ¿En qué estaba pensando? Ah,

sí, en la doctora Mc Dermont. ¡Vaya una pelirroja! Sí, seguro que tenía los pezones grandes, como a él le gustaban. Vaya que sí. Tan grandes que se podrían morder bien. A decir verdad, debía tenerlos tan, tan grandes que incluso podría hacerse un bistec con ellos. Esto tenía gracia: un bistec de pezón de pelirroja. ¡Y hasta era posible que estuviese bueno y sabroso!
Pero lo que más le atraía de la doctora Mc Dermont era la boca, con aquel tono sonrosado, llenita sin exageración, tierna. ¡Vaya boca...! Allí sí que tenía material para morder. Podía besarla primero, y luego morderle los labios. A lo mejor a ella le gustaba...
—¿Estás jugando con tu muñeca?
La preciosa niña negra volvió hacia él sus hermosos ojos negros.
—Sí, señor.
—Es una muñeca muy bonita. ¿Cómo se llama?
—Penélope.
—¿De veras? ¡Pues es un nombre precioso! ¿Cómo te llamas tú?
—Daisy. ¿Y tú?
—Puedes llamarme Al. Así me llaman mis amigos.
—Bueno.
—¿Tienes más muñecas?
—No. Sólo tengo a Penélope. ¡Pero la quiero mucho!
—¿Y ella, te quiere a ti?
—Oh, sí, ¡ya lo creo!
—Pero tu mamá debe quererte más que Penélope... ¿Está tu mamá en la casa?
—No señor. La estoy esperando.
—¿Volverá pronto?
—No lo sé, pero la estoy esperando. Está en casa de la señora Coleman. Hablan mucho, y yo me aburro.
—Te gusta más jugar con Penélope, ¿no es eso?
—Sí.
—¿Y a qué jugáis?
—Ahora íbamos a ir a comer unas hamburguesas, porque Penélope tiene mucha hambre.
—¿Me dejas verla bien?
La niña se le quedó mirando, con aquellos enormes, negros ojos...
Albert Watkins salió de la cama y fue en busca de los cigarrillos. Encendió uno con mano temblorosa, que estaba sencillamente mojada, como si la hubiera metido en la bañera, tal era la transpiración en todo él. Se secó la mano en el pijama.
Fue al cuarto de baño, dejó el cigarrillo a un lado y se lavó la cara y las manos con agua fría. Cuando se miró al espejo tras secarse, vio su rostro pálido y desencajado como nunca. Aspiró hondo, y volvió al dormitorio, de nuevo fumando. Estuvo sentado en el borde de la cama

hasta terminar el cigarrillo. Luego, volvió a acostarse, pero sin apagar la luz.
Estaba en... Ah, si, con la doctora Mc Dermont. Bueno, todo lo que tenía que hacer era pensar que hacía el amor con ella, y las demás imágenes, la película entera, desaparecerla. Debía de ser muy agradable hacer el amor con la doctora Mc Dermont, de modo que se propuso hacerlo. Se la imaginó desnuda. Tenía unos pechos increíblemente hermosos, altos, turgentes, sólidos... ¡Bellísimos! Así que podía empezar por besarlos. ¡Vaya delicia, besar aquellos pechos! ¿Y qué hacía la doctora Mc Dermont? Pues, suspiraba y gemía, y le decía «oh, sí, Al por favor, hazme eso, y luego poséeme... ¡Lo deseo tanto!» Y luego seguía suspirando y estremeciéndose.
Era una deliciosa muñeca...
—Es que no se la dejo nunca a nadie, Al. Penélope es mi amiga, sólo mía.
—Bueno, pero yo soy amigo tuyo, ¿no es así? Además, no voy a romperla. Sólo quiero verla bien, de cerca, para convencerme de lo bonita que es. ¡Es la muñeca más bonita que he visto en mi vida! ¿Me la dejas un momento?
—Bueno. Sólo un momento.
Se acercó a la niña y se inclinó sobre ella. Tenía las piernecitas gordezuelas, como de seda. En el dorso de sus pequeñas manos se formaban unos graciosos hoyuelos en los nudillos.
—Que no se te caiga —dijo Daisy—. No me gusta que se ensucie.
El tomó la muñeca, la estuvo mirando unos segundos con suma atención, y luego miró a Daisy, que le contemplaba expectante. Entonces, despacio, él dejó caer la muñeca al suelo. Daisy emitió un gritito de disgusto y se dispuso a recogerla, pero él se adelantó, rápidamente. Recogió la muñeca, y le pasó la mano, sacudiéndola suavemente, para quitarle la tierra.
—La has dejado caer —gimoteó Daisy—, ¡y se ha ensuciado!
Albert Watkins se agitó en la cama, giró, y apagó la luz de la mesa de noche.
De nuevo estaba sudando, y la angustia oprimía su garganta como si fuese algo sólido, como si formase unas tenazas de acero. Le latían las sienes y el corazón como si todo él fuese a estallar de un momento a otro. Tal vez si se dormía no soñaría con la película. No siempre soñaba lo mismo, y en cambio, mientras estaba despierto era seguro que pensaba en ello.
¡Se había olvidado de nuevo de la doctora Mc Dermont!
Bueno, ¿a qué tanto doctora Mc Dermont por aquí, doctora Mc Dermont por allá...? La llamarla Helen, simplemente. Además, ¿acaso no estaban haciendo el amor? Ah, sí ya estaban en ello, ya habían llegado a eso. Acababa de penetrarla, ya era suya... ¡ya la tenía!

Helen murmuraba palabras de amor, y todo su cuerpo se estremecía de grandioso placer... ¡Cómo estaba gozando Helen!
—Pero ahora la estoy limpiando, ¿ves?
—¡Pero la has dejado caer y se ha ensuciado!
—Bueno, eso no es nada, Daisy. Hay cosas mucho peores que ensuciar una muñeca.
—¡Devuélvemela!
—Antes voy a darle un beso.
—¡No! ¡No quiero que beses a Penélope, no quiero...!
—Pues lo voy a hacer.
—¡No quiero, es mía, es mía...! ¡No la beses!
—Bueno, pues si no quieres que la bese, no la beso. ¿Ves? Esto que estoy haciendo no es besarla, ¿verdad?
Comenzó a romper la muñeca, a fuertes tirones. Primero le arrancó los dos brazos y acto seguido la cabeza... Daisy miraba con ojos desorbitados que, de pronto, se llenaron de lágrimas. Daisy lloraba torrencialmente, pero no gritaba, no hacía ruido. Sólo lloraba. Lloraba mucho, copiosamente... sí, torrencialmente.
—...Y ahora, ¡las piernas! —rió Albert.
Le arrancó las piernas a la muñeca Penélope, y las tiró sobre el regazo de Daisy, que entonces sí gritó, se puso en pie de un salto, y se dispuso a correr lejos de allí. Pero él la sujetó por un bracito, dejó caer lo que quedaba de la muñeca, y agarró a la niña por el otro brazo.
—¿Adónde crees que vas, negrita?
Ella le miraba con el rostro descompuesto por el más profundo miedo. Estaba aterrada y además desconcertada, pues no podía comprender que hubiera un hombre tan, tan malo, tan sumamente malvado. No, no podía comprender eso...
—¿Sabes qué voy a hacer contigo? —susurró Albert—.
Mira, soy un hombre muy fuerte, ¿ves? Soy tan fuerte que puedo hacer lo que quiera contigo. ¿Ysabes lo que quiero hacer contigo? Pues voy a hacer contigo lo mismo que con la muñeca...

* * *

Helen Mc Dermont abrió de pronto los ojos, y acto seguido se sentó en la cama. En la ventana se dibujaba el recuadro de color gris de la noche de algodón mojado. En realidad, aquel recuadro tenía un color como... como de una yema de huevo batida. Debía ser por alguna luz del jardín que se reflejaba en las hinchadas nubes. ¡Qué extraño color!
Ladeó un poco la cabeza, como si esto la ayudara a oír mejor. Sabía que tenía que oír algo, algo que la había despertado.
Pero ahora no oía nada. ¿Un sueño, tal vez?

El silencio era de ultratumba. Para una persona acostumbrada al rumor incesante de Nueva York, aquel silencio era como de piedra, sólido, físico, concreto...
Volvió a oír el gemido.
Sí, era un gemido. Se repitió. Un gemido ronco y profundo, en alguna parte, no muy lejos de ella.
Saltó rápidamente de la cama, fue a la puerta del dormitorio, la abrió, y salió al pasillo. Allí se oía mejor el gemido... los contenidos sollozos tremolantes.
No se oía nada más que eso. Pero... ¿dónde exactamente?
Muy despacio, Helen Mc Dermont se fue orientando. Como si en su frente tuviese un sonar, se fue orientando muy despacio hasta dar frente al lugar de donde procedían los sonidos. Caminó despacio, hasta tocar la puerta con las manos tendidas hacia delante. Luego, aplicó el oído a la puerta. A través de la madera percibió el llanto convulso, estremecido.
Empujó la puerta y entró. Guiada por el llanto, llegó junto a la cama, donde su ocupante estaba llorando con una angustia estremecedora. Helen estuvo unos segundos escuchando, impresionada. Luego, tras localizar la mesa de noche, encendió la luz.
Albert Watkins estaba tendido de costado en la cama, de cara a ella en aquel momento, y parecía dormir, pero estaba llorando y gimiendo. Lloraba con una abundancia aterradora, y había ahora en su rostro una expresión de angustia tal que el corazón de la pelirroja se encogió. Estuvo titubeando unos segundos y, por fin, colocó una mano sobre un hombro de Watkins y lo zarandeó.
—Señor Watkins... ¡Señor Watkins!
El llanto arreció. El sufrimiento de Albert Watkins era atroz, parecía que estuviese llegando a unos límites sencillamente insoportables. De sus ojos cerrados todavía brotaban raudales de lágrimas. Comenzó a mover la cabeza negando, rechazando algo.
Helen volvió a sacudirlo, con más fuerza que antes.
—¡Señor Watkins, despierte!
Albert Watkins emitió un último y fortísimo sollozo, abrió los ojos y se quedó de pronto quieto, crispado el rostro. En sus ojos anegados en lágrimas, Helen Mc Dermont vio la angustia y el espanto más terribles.
—Señor Watkins —le sacudió ahora suavemente.
El se movió un poco, alzó la mirada y la vio inclinada sobre él, mirándole, preocupada la expresión. Watkins parpadeó, suspiró profundamente, y se sentó en la cama. Se pasó las mangas del pijama por el rostro, enjugando las lágrimas. La angustia, el sufrimiento, iba disolviéndose en la expresión cada vez más tranquila de su rostro.
De pronto, miró vivamente a Helen.

—¿Qué hace usted aquí? —murmuró.
—Le oí... Bueno, estaba dormida, pero me despertó usted. Creo que ha tenido una pesadilla.
—Sí... Sí, la he tenido, es cierto.
—Ha tenido que ser verdaderamente horrible... Pienso que tal vez le aliviaría hablar de ella conmigo.
—¿Por qué habría de aliviarme?
—Podríamos analizarla, y quizá conseguiríamos encontrar las causas que la han originado.
—No tengo la menor intención de compartir mis sueños con usted —replicó ásperamente Watkins.
—Lo único que pretendo es ayudarle, y usted lo sabe.
—No necesito su ayuda. Déjeme en paz.
Albert Watkins se tendió en la cama de costado, dando la espalda a Helen Mc Dermont. Esta permaneció allí todavía unos segundos, esperando en vano que Watkins cambiara su decisión. Pero pronto comprendió que no sería así, de modo que lentamente se puso en pie, apagó la luz, y salió del dormitorio, cerrando la puerta.
En el pasillo, los tres en pijama, la estaban esperando Pough, Nichols y Beaman, expectantes, inquietos.
—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Nichols.
—El señor Watkins ha tenido una pesadilla.
—¿Qué pesadilla? —inquirió Pough.
—No ha querido contármela. Estaba llorando como nunca he visto llorar a nadie. ¡Dios mío, estaba sufriendo atrozmente!
—Ya sabe usted que esos hombres están un poco... desquiciados. Quizá tienen imágenes horribles debido a eso. Cuando el sistema nervioso y mental de una persona se altera tan profundamente...
—No creo que se trate de eso, doctor Beaman.
—¿No? ¿Pues qué, entonces? Un sueño capaz de hacer llorar así a un hombre tiene que ser algo fuera de lo corriente. Y esos sueños sólo se tienen cuando la mente sufre importantes alteraciones. ¿O no? Deben ser unos sueños tan fantásticos que...
—¿Fantásticos? ¿Quiere decir que no guardan relación con la realidad de sus vidas?
—Bueno... Francamente, no me imagino a uno de esos hombres soñando con algo que haya sido realidad en sus vidas, y que sea tan horrible que les provoque semejantes pesadillas.
—¿Ha ocurrido otras veces con alguno de ellos?
—Sí.
Helen Mc Dermont quedó pensativa, observada con cierto escepticismo por los tres psiquiatras. Por fin, la bella pelirroja movió la cabeza.
—Me gustaría hablar mañana con el señor Parks. ¿Pueden ustedes

citarlo?
—Naturalmente. El señor Parks ha sido nombrado responsable de este asunto en cuanto a medidas de seguridad se refiere, de modo que está siempre a nuestra disposición no muy lejos de aquí.
—¿Y por qué no aquí mismo?
—Los internados conocen a Parks como integrante del servicio de seguridad de la Casa Blanca. Si él permaneciera aquí les produciría, sin duda, la sensación de que los estaba vigilando o custodiando, y pensamos que eso podría empeorar la situación.
—Creo que tienen razón —admitió Helen—, Bien, espero ver por la mañana al señor Parks. Buenas noches de nuevo.

CAPITULO IV

Por la mañana, durante el desayuno, la doctora Mc Dermont conoció personalmente a los tres internados restantes: Ira Bates, Stephen Kendall y Benjamín Tolliver.

El más hablador entre ellos era Ira Bates, tal vez por su cargo de senador, que le colocaba siempre en situación de diálogo o de discursos. El más hermético era sin duda Ben Tolliver, subjefe del servicio de seguridad de la Casa Blanca, el cual, por cierto, no era mirado con muy buenos ojos por los otros cuatro. Muy posiblemente, al pertenecer al servicio de seguridad de la Casa Blanca, los otros creían que estaba fingiendo, y que se hallaba allí con ellos precisamente para espiarlos. En cuanto a Kendall, coronel de la U.S.A.F., parecía hallarse siempre en continuo estado de recelosa vigilancia, se le veía tenso y alerta.

La doctora Mc Dermont era no sólo hermosa, sino también muy simpática, y disponía de unos conocimientos de psicología personal que convertían en inútiles las teorías de los libros. Sabía más por instinto de lo que habría podido saber de cualquier otra manera. Normalmente, en una reunión de hombres solos, se habría convertido en el centro de toda conversación, y, como suele decirse, se los habría «metido en el bolsillo».

Pero la situación no era en absoluto normal. Los cinco hombres pretendían dar a entender que así era, que razonaban perfectamente, y esto sí parecía cierto... pero los cinco estaban angustiados, sin duda alguna.

—Se me ha ocurrido —dijo en determinado momento de la conversación la doctora Mc Dermont—que quizá les gustaría más a ustedes descansar en otro lugar más agradable que éste en cuanto al ambiente y al clima. Si están de acuerdo, yo podría solicitar el traslado de todos nosotros a un sitio soleado, incluso con una hermosa playa.

—La situación sería la misma —dijo sosegadamente Silvan Fisker—, así que, en lo que a mí se refiere, ya estoy bien aquí. De todos modos, gracias por su buena intención.

—¿Los demás también opinan que no vale la pena el traslado? —preguntó Helen.

Nadie contestó, así que la cosa quedó bastante clara, y no se volvió a hablar del tema. En realidad, no se hablaba de ningún tema concreto, todo era siempre conversación de circunstancias. Helen simulaba no pretender profundizar en las mentes de los cinco hombres, quienes, por el contrario, la miraban muy fijamente, como queriendo saber qué pensaba ella.

Después del desayuno, Fisker y Bates fueron a la biblioteca a leer y tal vez a conversar, aunque posiblemente no harían esto, pues se

consideraban vigilados. Kendall se retiró a su habitación. Tolliver salió a dar una vuelta por el bosquecillo, manos a la espalda, pensativo. Albert Watkins pasó al salón, donde se dejó caer en una butaca y quedó inmóvil,

Helen Mc Dermont fue requerida en la sala donde se habían instalado algunos aparatos modernísimos relacionados con las investigaciones de tipo mental, entre las cuales había un detector de mentiras, clásico pero perfeccionado.

—Nunca he tenido fe en estos aparatos —dijo Helen, nada más verlo.

—Eso es absurdo —murmuró Pough —. Todos sabemos que son bastante útiles.

—Depende del sujeto sometido a ellos. Conmigo, por ejemplo, no conseguirían ustedes nada.

—Vamos, vamos, doctora... —sonrió Beaman—. Es cierto que no podríamos saber las verdades sobre usted, pero sí sabríamos cuándo nos decía una mentira.

—¿Qué se apuestan a que no? —sonrió Helen.

—Quizá aceptaría someterse usted a una prueba —sugirió sonriendo el rechoncho Nichols.

—¿Por qué no? Pero antes de ponernos a jugar hablemos de cosas serias. ¿Cuándo va a venir el señor Parks?

—Bueno... Le hemos estado llamando, pero no está en la base que se le asignó. Nos ha contestado uno de sus colaboradores. No saben dónde está desde anoche.

El ceño de Helen Mc Dermont se frunció.

—¿Eso es normal?

—Ni normal ni anormal, supongo. Evidentemente, el señor Parks tiene diversos asuntos que atender, no sólo éste. Quiero decir que este asunto debe tener derivaciones que le obligan a estar ausente de la base en ocasiones.

—Sin duda. Pero sus colaboradores deben saber dónde está, ¿no?

—No... No lo saben. Hemos dejado recado para que él llame aquí en cuanto aparezca. No creo que tardemos mucho en tener noticias de él.

—Esperemos que sea así. Bien, voy a ver si consigo entablar un diálogo importante con alguno de nuestros... invitados.

—¿No se somete al detector de mentiras? —dijo socarronamente Nichols.

—De acuerdo. Espero que se diviertan.

La doctora Mc Dermont fue «conectada» al detector tras tenderse en una camilla en la que se acomodó como si se dispusiera a echar un sueñecito. Los tres psiquiatras comprobaron que todo estaba en orden y preparado para comenzar la sesión, y Nichols la inició con una pregunta maliciosa que hizo sonreír a sus dos colegas:

—¿Es usted virgen?
—Sí —replicó Helen.
Los tres miraron el detector, que admitía aquello como verdad.
—Caramba... Pues ya es usted mayorcita para eso —dijo festivamente Beaman —. No es que sea vieja, ni mucho menos, pero... En fin, ese estado sólo se encuentra hoy en día en jovencitas menores de doce años. ¿Tiene usted once años?
—Sí.
El detector admitió aquello como verdad. Pough, Beaman y Nichols cambiaron una mirada de sorpresa y luego de irritación. Beaman se apresuró a repasar el funcionamiento del aparato. Funcionaba perfectamente.
—Esto no es posible —gruñó—. ¿Tiene usted doscientos años?
—Sí.
El detector lo aceptó como verdad. Los tres psiquiatras cambiaron otra mirada de sorpresa.
—¿Es usted doctora en psiquiatría? —preguntó Beaman.
—No.
Según el aparato, la doctora Mc Dermont decía la verdad: no era doctora en psiquiatría. Su funcionamiento era regular y monótono. En realidad, parecía que no estuviese conectado a persona alguna.
—Es usted del sexo masculino, ¿no es cierto? —preguntó Nichols.
-Sí.
El detector lo aceptó como verdad. El asombro era ya desconcierto en los tres hombres. Pough soltó un gruñido, y acto seguido masculló:
—Este aparato se ha estropeado, eso es todo. Creo que será mejor que dejemos la prueba por hoy, doctora. Nos dedicaremos a reparar el detector.
—El detector funciona perfectamente como máquina —dijo Helen—, pero es un trasto inútil, ya se lo dije a ustedes.
El aparato aceptó aquello como verdad. Nichols acabó por soltar una carcajada, «desconectó» a la doctora Mc Dermont, y ésta se puso en pie y se dirigió a la puerta. Se volvió allí, sonriendo irónicamente.
—No dejen de comunicarme con el señor Parks en cuanto éste llame... Hasta luego.
Segundos después, Helen entraba en el salón. Allí no había nadie más que Watkins, que le dirigió una sombría mirada.
—Si le molesto, me voy, señor Watkins —dijo Helen.
—No. Venga, siéntese aquí. Quiero hablar con usted.
Helen parpadeó; ¿Ahora quería hablar él? Muy bien. Empujó más cerca de Watkins el sillón señalado por éste, se sentó, y se quedó mirándolo.
—Anoche —susurró Watkins—recordé mi crimen. Por eso lloraba.
—¿Su crimen?

—Sí. Hace unas semanas hice algo espantoso.
—¿Qué hizo usted?
—Rompí en pedazos una muñeca de cabellos rubios. Era de una preciosa niña negra, de cinco o seis años, no recuerdo bien.
—Bueno... Sin duda alguna fue usted desconsiderado y hasta cruel con esa niña propietaria de la muñeca, señor Watkins, pero no me parece que cometiera un crimen espantoso rompiendo una muñeca.
—Es que luego hice lo mismo con la niña.
La doctora Mc Dermont palideció levemente y se irguió, sin dejar de mirar a Watkins, que sostuvo su mirada con una expresión estremecedoramente torturada.
—¿Rompió usted... en pedazos... a una niña? —susurró Helen.
—Sí, lo hice. Era tan tierna... Tenía unos bracitos preciosos, redondos, suaves... tiernos. ¡Tan tiernos! Se los arranqué. Soy un hombre fuerte.
Helen Mc Dermont tragó saliva. No le quedaba más remedio que admitir por fin que aquel hombre estaba absolutamente desquiciado. Pero siguió adelante. No sería ella quien cortara las confidencias de Albert Watkins.
—¿Qué más pasó? —murmuró.
—Bueno, la... la hice pedazos. No recuerdo cuántos, pero la... la hice pedazos.
—A la niña, no a la muñeca.
—A las dos, a las dos.
—Evidentemente, es una pesadilla horrible. Tal vez si conversamos largamente sobre...
—¡Usted no entiende! No es una pesadilla, ¡es una realidad! Lo hice de verdad. Luego vi la película.
—¿Qué película?
—La película en la que yo aparecía haciendo eso. Primero pensé que era un truco, pero pronto comprendí que no, que la película era verdadera. No hay truco alguno en ella.
—¿Quién tomó la película?
—No lo sé. Me la enviaron a casa. Al poco de recibirla, alguien me llamó por teléfono, me preguntó si había visto la película... Le dije que sí, pero que era todo una maldita mentira, un truco. Me dijeron...
—¿Quién le llamó? ¿Hombre o mujer?
—Un hombre, pero no sé quién era, no quiso decírmelo. Me dijo que era indudable que yo padecía un... desdoblamiento de personalidad, ya que no tenía sentido que una persona como yo pudiera hacer una cosa así.
—Ya. ¿Usted no se dio cuenta de que tomaban esa película?
—No. Me estaban espiando... Aquel hombre dijo que ellos estaban espiando a varias personas relacionadas con la Casa Blanca y que yo era uno de los elegidos. Hacía tiempo que me vigilaban, que tomaban

fotografías y películas mías con teleobjetivo, buscando alguna actividad poco honesta por mi parte para someterme a chantaje, pero yo nunca había hecho nada... censurable. Y de pronto, precisamente cuando estaban pensando ya en desistir de seguir vigilándome a mí, yo... yo hice eso.
—¿Y ese hombre estuvo tomando la película desde lejos, con teleobjetivo?
—Sí.
—¿Qué clase de chantaje quería hacerle? ¿Se lo dijo?
—No, claro que no, porque yo me negué a acudir a una cita. No quise saber nada con aquel hombre. Me estuvo llamando a menudo, siempre citándome, pero yo al final ni siquiera contestaba a sus llamadas. Cuando mi secretaria me decía que el señor Psyche quería hablar conmigo, siempre le decía que rechazara la llamada. Pero, claro, me... me fui poniendo nervioso, todo me alteraba, me distraía, a veces no sabía ni lo que decía... ¡Todo es tan horrible!
—Sin duda. Pero creo que cometió un error al no acudir a esa cita con el señor Psyche... cuyo nombre resulta verdaderamente curioso (1).

(1) Psyche, en inglés, significa alma, espíritu, mente.

Debió hablar con él, y por supuesto, tenderle una trampa recurriendo al F.B.I., a la C.I.A. o, todavía más propiamente, al servicio de seguridad de la Casa Blanca. Cabe suponer que habrían detenido al señor Psyche y en estos momentos todo estaría aclarado.
—¿Lo quiere más claro todavía? ¿Más? ¡Dios mío, descuarticé a una niñita negra con mis manos!
—Claro que no. Esa película tiene que estar trucada.
—¡No lo está!
—Veamos, señor Watkins... ¿Recuerda usted conscientemente haber hecho semejante cosa? ¿O está convencido de que lo hizo sólo porque lo ha visto en esa película?
—No recuerdo nada... ¡Pero lo hice! Escuche, entiendo bastante de fotografía, es mi hobby. ¡Le digo que esa película no está trucada! Allá estoy yo, haciéndolo... ¡No hay truco alguno! ¿Cómo había de recurrir a nadie para que investigara eso? ¡Estaba... y estoy asustado! ¿No lo comprende? Una persona como yo es peligrosa; en cualquier momento, sin darme cuenta, puedo cometer cualquier otra barbaridad.
—¿Ha hablado usted de esto con el señor Fisker, o los demás?
—¡Claro que no! ¿Por qué había de hacerlo?
—Porque presumo que ellos habrían podido contarle historias parecidas. ¿Y no le parecería demasiada casualidad que cinco importantes personajes relacionados de un modo u otro con la Casa Blanca estén en las mismas condiciones de... ofuscación mental?

—Es imposible que ellos hayan hecho nada tan horrible como yo. ¡Ellos sí deben estar un poco enfermos, pero yo estoy normal... sólo que hice eso! Y no puedo soportarlo más, ¡no puedo!
—¿Por eso me lo ha contado? Está bien, pero... ¿qué espera usted de mí, qué espera que yo haga, señor Watkins?
—Quiero... quiero que me ayude a terminar con esta... esta tormenta mental sea como sea... ¡Como sea!
—Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano. Pero usted deberá confiar en mí, señor Watkins. Confiar completamente! ¿Está de acuerdo?
—Sí.
—Muy bien. Ahora, cuénteme exactamente lo que usted hizo.
Watkins asintió, aspiró hondo y comenzó el relato. Cuando terminó, Helen Mc Dermont le contemplaba inexpresivamente a través del humo del cigarrillo que había encendido.
—¿La película era sonora? —preguntó.
—No... No, no.
—Entonces... ¿cómo sabe lo que parecen hablar en ella usted y la niña Daisy?
—Uno de los hombres que me vigilaban lo estuvo oyendo y se lo contó a Psyche, y éste a mí. Escuche, quizá me hayan engañado con respecto a lo que pudimos hablar Daisy y yo, pero eso no cambia lo que hice. ¡Lo que hice está bien claro, fuese cual fuese la conversación entre la niña y yo! Y si cree que es una pesadilla, puedo indicarle que lea los periódicos de esas fechas, y la noticia la convencerá. O quizá ya la leyó usted en su día.
—No. Ultimamente he estado viajando un poco... No sabía nada de esa noticia, pero desde luego estoy dispuesta a buscarla en los periódicos. ¿Puede decirme la fecha exacta y en qué periódicos apareció?
—La fecha exacta no... Creo que hace cinco semanas, más o menos. Salió prácticamente en todos los periódicos de la Costa Este: la niña de color Daisy Jones ha sido hallada en el patio de atrás de su casa, muerta, hecha pedazos... ¡Dios mío! ¡Ya no puedo resistirlo más! Soy un criminal monstruoso, no puedo resistirlo más... ¡Ni podría resistir hacer otra cosa como ésa en cualquier momento! He tenido... he tenido muchas veces la intención de matarme, pero no consigo reunir el valor necesario... Helen —Watkins tomó una mano de la bella doctora—, Helen, estoy sufriendo muchísimo, esta tormenta mental va a acabar por volverme loco completamente. No me preocuparía que acabase conmigo, con mi vida, que me aniquilara... ¡pero no quiero volverme loco!
—Si confía plenamente en mi, si hace con exactitud todo lo que le diga, no se volverá loco, señor Watkins. Ni morirá. Respecto a la

película, ¿la conserva usted?
—¡Por Dios, claro que no! ¡La destruí!
—Mal hecho. Pero no se preocupe, encontraré la solución a eso. Ahora escúcheme bien... Olvide que soy una doctora en psiquiatría, no considere que le está hablando una profesional de locos, ni nada parecido, ni por lo más remoto. Simplemente, distráigase hablando con otras personas sobre cosas que...
—¡No puedo! ¡Lo estoy intentando, lo he intentado una y mil veces, pero no puedo olvidar lo que hice, no puedo, no puedo... !
—Está bien. En ese caso, le administraremos un calmante de efectos prolongados. Y mientras usted duerme yo me ocuparé de todo. ¿De acuerdo?
—¡Si duermo soñaré con ello, como anoche, como todas las noches...!
—No, porque su sueño será provocado, artificial. Dormirá usted completamente, en cuerpo y mente. Albert: tiene que confiar en mí.
—Sí... Sí, ya... ya confío. En ellos no, pero usted... Bueno, usted es diferente, sus ojos son... son...
—¿Más bonitos? —sonrió Helen.
—Más humanos.
—De acuerdo. Ahora, suba a su habitación tiéndase en la cama y déjelo todo en mis manos. Me reuniré con usted dentro de cinco minutos.
Albert Watkins asintió. Helen le sonrió, le dio unas cariñosas palmaditas en las manos, y salió del salón. Al poco, se reunía con Pough, Beaman y Nichols, que seguían refunfuñando contra el detector de mentiras, porque con ellos funcionaba a la perfección.
—Necesito un sedante de efectos prolongados —dijo Helen—. Uno de ustedes me acompañará para administrárselo a Watkins. Quisiera tenerlo si no completamente dormido sí relajado el máximo de tiempo posible.
—¿Y nos necesita a nosotros para eso? —se sorprendió Beaman.
—Watkins me contempla como a una persona con la que se puede dialogar de modo... particular, no profesional. Quiero mantener en él esa impresión sobre mi persona: amiga, no médico. ¿Les parece razonable?
—Desde luego —asintió Beaman—. Es una manera de trabajar que suele dar excelentes resultados en ocasiones. Yo mismo haré esa parte profesional, pero díganos: ¿qué ha ocurrido?
—El ha confiado sólo en mi. ¿Les parece que debo defraudar esa confianza contándole a los demás sus confidencias?
—De ninguna manera —saltó Pough—. Ya nos lo explicará usted todo cuando sea conveniente.
—Gracias por comprenderlo. Ahora, doctor Beaman, vamos a calmar al señor Watkins. Y luego tengo que pedirles todavía otro favor —

Helen sonrió encantadoramente —: ¿les molestaría mucho no dejarse ver demasiado por el resto de nuestros internados... a ver si en solitario tengo con los demás la misma suerte que con Watkins?

CAPITULO V

Por puro instinto, Helen Mc Dermont rechazó para su fase siguiente a Silvan Fisker nada más pensar en él; demasiado entero. Stephen Kendall le pareció más temperamental, quizá no tan entero, pero posiblemente más duro de pelar que el propio Fisker. Benjamín Tolliver, por fuerza, tenía que ser más receloso y desconfiado que los otros, aunque sólo fuese por su trabajo en los servicios de seguridad de la Casa Blanca.

De modo que, finalmente, se decidió por el más locuaz y, aparentemente, el más accesible de los cuatro: el senador Ira Bates. Pero el senador Bates estaba en la biblioteca con Silvan Fisker, de modo que Helen decidió esperar a encontrarlo solo, lo cual no sucedió hasta casi dos horas más tarde, cuando Bates salió de la biblioteca dispuesto a dar un paseo.

Para entonces, Helen estaba empezando a preocuparse seriamente por la falta de noticias sobre Frederick Parks, que ni se había presentado en la base donde esperaban sus colaboradores para aquel asunto, ni había llamado, ni proporcionado noticia alguna sobre su paradero.

Dejando esto para más adelante, Helen Mc Dermont siguió a Ira Bates fuera de la casa, alcanzándolo muy pronto. El día era gris, parecía que fuese a llover de un momento a otro.

—¿De paseo, señor Bates? —se interesó amablemente Helen.

—Sí, voy a estirar un poco las piernas antes de que empiece a llover.

—Es conveniente hacer un mínimo de ejercicio físico, desde luego... ¿Me permite acompañarle?

—No es ninguna molestia para mí contemplar una mujer tan hermosa como usted —sonrió Bates—. Pero, dígame: ¿con qué objeto quiere acompañarme? Sea sincera, por favor.

—De acuerdo —murmuró Helen, deteniéndose—. Quería preguntarle si todavía conserva la película de su crimen.

Ira Bates pareció recibir un mazazo en plena cabeza, mientras palidecía horriblemente, y sus ojos se desorbitaban. Durante un par de segundos pareció que fuese a quedarse así para siempre, pero, de pronto, lanzó un agudo chillido, y se abalanzó contra Helen Dermont, con las manos crispadas buscando el cuello de la doctora.

La sorpresa fue tan grande para Helen que no pudo evitar que Bates atrapase su cuello y la empujase violentamente. Estuvieron a punto de rodar los dos por el suelo, y por un momento el forcejeo resultó grotesco y terrible; sobre todo para Helen, que sentía en su garganta la presión de los dedos del senador.

En alguna parte del jardín se oyó un grito de alarma, pero Bates no hizo caso de él. Sus dedos se dispusieron a apretar más, mientras de

su boca comenzaba a brotar una baba densa y burbujeante.
Helen Mc Dermont alzó ambos brazos, los introdujo entre los de Ira Bates, y empujó con ellos fuertemente hacia fuera, en una acción de defensa personal muy clásica y generalmente efectiva. Pero Bates parecía haberse vuelto loco, y su fuerza era mucho mayor de la habitual en él, de modo que Helen no pudo desprender la presa. Entonces, alzó la rodilla derecha con fuerza, golpeando en la zona genital de Bates, y al mismo tiempo volvía a efectuar el movimiento de defensa personal.
Presa del dolor experimentado en los genitales, Bates la soltó entonces, y retrocedió, chillando más de furia que de dolor. Se abalanzó de nuevo contra Helen, que giró sobre un solo pie, como en un paso de baile, esquivándolo con asombrosa facilidad...
—¡Apártese de él! —oyó Helen—, ¡Corra, doctora, aléjese de él!
Bates había caído de rodillas al fallar su ataque. Se puso en pie de un salto, y volvió a la carga, lanzando ahora espumarajos a todas partes, crispado el lívido rostro por una furia inaudita. De nuevo intentó agarrar el cuello de Helen, pero ésta apartó sus manos de un simple manotazo y retrocedió serenamente...
Dos de los hombres que vigilaban los alrededores de la casa llegaron corriendo, mientras otro más aparecía por entre los árboles, pistola en mano, y echaba a correr hacia el grupo.
—¡No lo lastimen! —gritó Helen—, ¡No le hagan el menor daño!
Los dos hombres parecieron no oírla siquiera. Llegaron como disparados por un cañón y cargaron contra Bates, que chillaba ahora como enloquecido, y a su vez cargó contra ellos sin miedo alguno. La desproporción era insalvable para él, sin embargo, porque los dos hombres eran profesionales, sabían muy bien cómo derrotar rápidamente a un hombre, especialmente cuando, como era el caso de Ira Bates, no estaba ni mucho menos tan entrenado como ellos.
La pelea, si así podía llamarse, duró apenas tres segundos. Ira Bates atacó, fue controlado enseguida, y al instante, un puño duro como una roca golpeó en la punta de su barbilla, derribándolo aparatosamente, sin sentido.
Helen se plantó ante los dos hombres echando fuego por los ojos.
—¡Les dije que no le lastimaran! —gritó —, ¡Eso ya podía haberlo hecho yo! ¡Sólo tenían que sujetarlo!
—Escuche, este hombre está...
—¡No está nada! ¡Hagan el favor de recogerlo y llevarlo con cuidado a la casa! ¡Y si vuelven a lastimar a uno de estos hombres, se las verán ustedes conmigo!
Los dos hombres se quedaron mirándola atónitos. Llegó el otro corriendo, todavía pistola en mano.
—¿Qué demonios ha pasado? —jadeó.

—¡Guarde esa pistola, maldita sea! —ordenó Helen.
El hombre se desconcertó. Uno de los otros sonrió de pronto.
—Será mejor que se calme usted también, doctora. Nosotros estamos de su parte, ¿sabe? Nos pareció que él podía lastimarla a usted, y eso sí que no. ¿Lo entiende?
El ceño de Helen se desfrunció. Casi sonrió.
—Está bien. Llévenlo a la casa. |Y trátenlo bien!
Helen se adelantó hacia la casa. En la puerta de ésta encontró a los tres psiquiatras, que la miraban expectantes.
—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pough—. ¿Por qué gritaba Bates de ese modo?
—Prepárenle un sedante como el de Watkins. Y preparen acto seguido tres dosis más.
—¿Quiere decir que vamos a tenerlos dormidos a los cinco?
—Exactamente.
—Pero entonces no vamos a poder trabajar con ellos, no vamos a poder examinarlos, ni...
—¡Ustedes harán lo que yo diga! ¿Está claro?
—¡Cómo no! —gruñó Beaman—, Espero que no nos pida que bailemos.
Los tres guardianes llegaron ante ellos, portando entre dos al desvanecido Ira Bates.
—Súbanlo a su dormitorio. Yo voy a hablar con los otros tres. ¡Y ustedes, preparen esas dosis!
—A la orden —masculló Pough, saludando a estilo militar—, ¡ no faltaba más!
Silvan Fisker apareció en aquel momento en la puerta, se quedó mirando al desvanecido Bates, y luego miró a Helen Mc Dermont.
—Me parece que sus métodos no son muy doctorales, doctora.
Helen se plantó ante él, y se qued6 mirándole fijamente.
—Señor Fisker, les vamos a inyectar sedantes a todos. Por favor, vaya a decírselo a los señores Tolliver y Kendall. Y les suplico que no nos obliguen a utilizar la fuerza.
—Usted no tiene derecho a inyectarnos nada si nosotros no queremos.
—¿No? Bueno, ustedes cinco son aquí unos pacientes bajo nuestros cuidados, así que haremos lo que yo decida. Pero voy a decirle algo que quizá le satisfaga más; todo lo que pretendo es que duerman ustedes bastante tiempo, tan profundamente que ni siquiera puedan recordar ni tan siquiera soñar la película de su crimen. ¿Me ha entendido?
Silvan Fisker palideció, y por un instante en sus ojos apareció una expresión de terror. Pero se serenó rápidamente, y murmuró:
—Iré a hablar con los demás.

Apenas veinte minutos más tarde, cada internado dormía profundamente en su habitación, y los guardianes habían vuelto a sus puestos. En el salón, Beaman, Pough y Nichols escuchaban el relato de Helen Mc Dermont respecto a la película de Albert Watkins. Cuando terminó, los tres doctores estaban aterrados y desconcertados.
—Eso es horrible —murmuró Nichols—, Si Watkins hizo eso... ¿qué es lo que debieron hacer los otros cuatro? Evidentemente, los cinco están sometidos al mismo proceso de chantaje...
—Eso no es lo extraordinario —dijo Helen—, Lo extraordinario es que cinco hombres, en la misma época, hayan tenido esos accesos de... crueldad, o criminalidad, o lo que sea. ¿A ustedes les parece admisible esa coincidencia de desdoblamiento de personalidad en cinco personas relacionadas con la Casa Blanca?
—Bueno, el desdoblamiento de la personalidad...
—¡Vamos, doctor Nichols! —exclamó Helen—, ¡Son cinco a la vez, cinco hombres que creen haber hecho algo horrible!
—¿Cómo que lo creen? —gruñó Beaman —, ¡Watkins asegura que...!
—Tonterías. Voy a pedir las direcciones de los domicilios de todos, y nos encargaremos de efectuar un registro a fondo en sus casas, en busca de esas películas. Quizá alguno de ellos la conserve... ¡Y si encontramos una sola de ellas, ya verán cómo pronto comprobaremos que son trucadas! Y cuando...
Helen se calló de pronto, y quedó en actitud de escuchar. Enseguida se acercó a una de las ventanas del salón, y miró hacia el exterior. Entonces fue cuando los tres psiquiatras oyeron la llegada del automóvil. Se acercaron a la ventana, y vieron el vehículo llegando a la casa, frente a la cual se detuvo.
Un hombre alto y apuesto se apeó. Beaman soltó un suspiro.
—Menos mal, ahí llega Parks. Vamos a ver si ponemos un poco de orden en todo esto.
Helen le dirigió una mirada irritada, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Volvió a mirar a Frederick Parks, que estaba de pie junto al coche, mirando hacia la casa. No parecía tener intención de entrar en ésta. Uno de los guardianes se acercó a él, conversaron unos segundos y el hombre entró en la casa. Al poco, aparecía en el salón.
—Doctora, el señor Parks desea hablar con usted ahí fuera.
Helen Mc Dermont parpadeó. Los tres psiquiatras parecieron más sorprendidos que ella, más desconcertados. Sin decir palabra, Helen abandonó el salón, y al poco se reunía con Parks junto al coche. Parks ni siquiera le dio tiempo a preguntar nada; simplemente, señaló el coche, y volvió a sentarse al volante. Helen Mc Dermont se sentó a su lado.

—¿Qué ocurre ahora? —murmuró.
Parks se limitó a mover la cabeza, puso el coche en marcha y partieron. Helen giró un poco en el asiento para mirarlo con suma atención.
—¿Ha ocurrido algo peor que todo esto? —inquirió—. ¿En la Casa Blanca, tal vez?
Frederick Parks la miró, frunció el ceño y eso fue todo. Dejaron atrás el bosquecillo en el cual se hallaba la quinta. Comenzaba a lloviznar. Era apenas mediodía, pero por la oscuridad parecía que fuese a hacerse de noche de un momento a otro. Dentro del coche había como un resplandor de color leche sucia. Helen Mc Dermont seguía mirando fijamente a Parks, que conducía como si ella no estuviese allí.
—Si usted no me dice inmediatamente de qué se trata, señor Parks —susurró de pronto Helen—, vamos a tener problemas. No me gusta esto, no me gusta que me lleven de un lado a otro como si fuese un paquete. De modo que, o me da esa explicación o los problemas van a llegar muy pronto...
El otro automóvil apareció en aquel momento por entre los altos y sombríos árboles. Parks detuvo el suyo, y se volvió a mirar a Helen. Sonrió rígidamente, y en su mano derecha apareció una pistola, con la que apuntó a Helen.
—Los problemas ya han llegado para usted —dijo—. Salga del coche.
Helen Mc Dermont ni siquiera parpadeó. Se limitó a mirar la pistola que le apuntaba al centro del pecho. Luego, en silencio, se apeó. El otro coche llegaba en aquel momento junto al de Parks, y dos hombres descendieron rápidamente del asiento de atrás.
—Venga aquí —ordenó uno de ellos.
Helen se acercó, y, obedeciendo los gestos del hombre, entró en el coche, en la parte de atrás. Parks fue a sentarse junto al conductor, y de nuevo apuntó a Helen con la pistola. Los otros dos entraron también, sentándose uno a cada lado de Helen Mc Dermont.
—Quítese la chaqueta y súbase la manga del vestido —ordenó el que estaba a la derecha de Helen.
—No nos obligue a ser rudos, doctora —sonrió Parks.
Helen Mc Dermont no les dio ocasión a comportarse rudamente. Se quitó la chaqueta de tweed, y se subió la manga derecha de la blusa. Miró inexpresivamente la jeringuilla que el hombre de su derecha estaba sacando de una cajita metálica, ya cargada con un líquido oscuro.
—Sólo se trata de pentotal —dijo el hombre—. Tómeselo con calma.
Helen Mc Dermont ni siquiera parpadeó cuando el hombre la pinchó con la jeringuilla en la cara interna del codo, buscando la vena. El hombre apretó el émbolo de la jeringuilla. Helen Mc Dermont no sintió

nada en los primeros dos segundos. Luego, simplemente, tuvo la sensación de que todo dejaba de existir.
Empezando por ella misma.

CAPITULO VI

Oía voces a su alrededor, pero no identificaba ninguna de ellas. Era como si estuviese en un mundo nuevo. Lentamente, mientras los sonidos de las voces se iban aclarando, los recuerdos iban acudiendo a su mente, de un modo pesado y confuso. Por fin, abrió los ojos.

En alguna parte sonó la voz:

—Está despertando. Avisad a Psyche.

El nombre la hizo reaccionar con un poco más de rapidez. Ah, sí... Psyche. Este era el hombre que había citado a Albert Watkins para someterlo a chantaje con algo relacionado con la Casa Blanca.

—Es muy hermosa —oyó.

Volvió la cabeza, y vio a un hombre y una mujer. El hombre era más bien menudo, calvo, con cara de sapo... Sí, de sapo. La mujer era alta, de cuerpo espléndido, larga cabellera rubia. No era guapa, pero sí tenía un cuerpo magnífico. Casi tanto como ella misma.

—No se preocupe —dijo el hombre con cara de sapo, sonriendo—, todo va bien, se encuentra perfectamente.

Helen quiso decir algo, pero le pareció que su lengua era enorme y que pesaba una tonelada. Apenas pudo balbucir tres o cuatro palabras que, evidentemente, no entendieron. Ni ella misma las entendió.

Oyó el sonido de una puerta. Luego, en su campo visual apareció el rostro de Frederick Parks, y enseguida otro rostro de facciones muy acusadas. Era como si sobre aquel cráneo solamente hubiera piel. Destacaban mucho los pómulos, los maxilares, la barbilla; la nariz parecía a punto de rasgar la fina piel tirante, y en la amplísima frente destacaban las formas de los huesos. Sí, como una calavera recubierta de una fina capa de chicla. Los ojos eran grandes y de una negrura pavorosa, estremecedora... como si dentro de ellos hubiera fuego negro.

—Volverá a dormirse —dijo el hombre del rostro cadavérico—. Avisadme cuando vuelva a despertar. Entonces estará a punto.

—¿Quién es usted? —tartajeó Helen Mc Dermont.

—Psyche —sonrió el hombre—, ¿Y usted?

—Soy... soy la doctora Helen... Mc Dermont...

—¿Está segura? —rió Psyche.

Helen Mc Dermont asintió con la cabeza. Le pesaban los párpados. Le habían administrado pentotal del utilizado en las intervenciones quirúrgicas, desde luego, así que sabía que, en efecto, se iba a dormir de nuevo, pero ahora sin artificios.

La última imagen que destelló en su mente antes de dormirse fue la del rostro del hombre llamado Psyche. Debía tener un cerebro muy grande, dentro de aquella enorme calavera... Muy grande. Un cerebro

muy grande...
Cuando despertó de nuevo, las cosas le parecieron más normales, más naturales. Estaba en una cama, en una habitación no muy amplia cuya ventana estaba cerrada con gruesos tablones clavados al marco. No se oía nada. Suspiró profundamente. Se sentía bien, no le dolía nada. Al menos, eso parecía.
Se sentó en la cama con ágil movimiento. Sus pies tocaron el suelo. Junto a la cama, sentado en una butaca, estaba Cara de Sapo, mirándola con una expresión sarcástica. Helen Mc Dermont se dio cuenta de que estaba desnuda. Es decir, desnuda bajo aquel blanco camisón de áspero tejido blanco. Y descalza.
—La he violado mientras dormía —dijo Cara de Sapo—, Pero no se lo diga a Psyche. Claro que de todos modos se enterará cuando usted tenga un hijo mío.
Helen se quedó mirando fijamente a Cara de Sapo, mientras un escalofrío recorría su cuerpo muy despacio. ¿Un hijo de aquel sujeto? Se imaginó a sí misma dando a luz a un grotesco bebé con cabeza de sapo...
—He gozado mucho... —dijo Cara de Sapo: se echó a reír—, ¡Y usted también ha gozado mucho, se lo aseguro!
—¿Quién es usted? —murmuró Helen.
—El ayudante de Psyche. Puede llamarme Otis.
—A usted sólo se le puede llamar Cara de Sapo —replicó Helen.
—Pronto volveremos a hacer el amor —rió Otis Cara de Sapo—. ¡Y los dos volveremos a gozar mucho! ¡Ha sido espléndido! ¿Le gustaría verlo?
—Ver... ¿qué?
—La película de nuestra unión amorosa.
—Sí... Me gustaría verla.
—Pero no se lo diga a Psyche.
—No se lo diré.
Otis Cara de Sapo se puso en pie y se acercó a la mesita donde estaba el televisor con sistema de videotape. Puso en marcha el aparato, hizo una selección, y aparecieron en seguida las imágenes. Helen Mc Dermont se vio a sí misma en la cama, sentada, suelto el rojo cabello. Otis Cara de Sapo estaba sentado junto a ella, y le acariciaba los pechos. Ella reía. Otis Cara de Sapo le acarició los muslos, y entonces ella se tendió completamente, atrayéndolo a él sobre sí. Cara de Sapo la besó en la boca, como si fuese a engullirla a toda ella completamente, y, mientras tanto, se acomodaba entre sus muslos. La bella doctora vio perfectamente su miembro, y cómo se realizaba la penetración. Enseguida, ella comenzó a agitarse, como enloquecida de placer...
Helen desvió la mirada de la pantalla. No brotaba el menor sonido de!

televisor. Otis miraba las imágenes con ojos relucientes y acuosos. Parecía estar gozando tanto con la visión del videotape como sin duda había gozado antes en la realidad.
De pronto, él la miró.
—¿No quiere verlo? Antes dijo que sí.
—He cambiado de idea —susurró Helen.
—Bueno, como quiera. Iremos a ver a Psyche, pues él está esperándola. Si le dice que la he violado haré algo mucho peor con usted.
—¿Peor que violarme? —alzó las cejas Helen—, Eso no es posible.
—Ya lo creo que sí. Puedo introducirle un sapo de verdad donde usted sabe.
Helen no pudo contener un estremecimiento y Otis se echó a reír. Apagó el televisor, y señaló la puerta.
—Póngase esas zapatillas y vamos a ver a Psyche —dijo.
Helen vio las zapatillas cerca de la cama. Metió los pies en ellas, y caminó hacia la puerta. Salieron a un pasillo amplio y bien iluminado. Debía ser ya de noche. Descendieron por la amplia escalinata hacia el vestíbulo de la casa, que parecía muy grande. Más o menos, como la quinta donde estaban los internados.
¿Qué había ocurrido exactamente? Todavía se sentía un poco aturdida, pero tenía la sensación de que sabía algo concreto que ahora no conseguía retener en la mente. Sabía algo, pero no recordaba el qué.
Otis abrió una de las puertas que daban al vestíbulo y señaló hacia dentro. Helen Mc Dermont entró. Psyche estaba allí, rodeado de pequeñas pantallas para películas caseras y aparatos de televisión. Aquel salón parecía un pequeño cinematógrafo, con tres filas de butacas en un extremo. Psyche estaba sentado en una de las butacas de la primera fila y junto a él estaba Frederick Parks. Es decir...
—¿Cómo se encuentra? —preguntó Psyche—. ¿Completamente bien?
—Sí —asintió Helen—, salvo que este sapo asqueroso me ha violado.
La negrísima mirada de Psyche se desplazó hacia Otis, que lanzó una exclamación de rabia.
—¡No es cierto! —gritó—. ¡Te juro que no es cierto, no es...!
—Lo grabó en videotape —dijo fríamente Helen—, así que pueden verlo en el televisor de mi dormitorio.
—Ve a verlo —dijo Psyche, mirando un instante a Parks, que se puso en pie—. Y si eso es cierto, Otis, lo vas a lamentar.
—¿De qué modo? —preguntó serenamente Helen—¿Qué castigo le impondría usted por lo que ha hecho?
—Pensaremos en ello detenidamente. ¿Se le ocurre alguno a usted?
—Desde luego. Me gustaría matarlo.

—Ah... Bueno, ya veremos. Otis, vete de aquí, apártate de mi vista.
Otis Cara de Sapo se apresuró a escabullirse, aprovechando que Parks tenía abierta la puerta, adelantándose a él rápidamente. Parks rió, salió y cerró tras él.
—Venga a sentarse... —dio Psyche un golpecito al asiento contiguo al que ocupaba—. ¿Le gusta el cine?
—Me distrae, si la película es buena.
—Tengo muy buenas películas —aseguró Psyche—, Pero claro, todo es relativo. Quizá a usted no le gustasen. En fin, ¿qué clase de películas le gustaría ver?
—Las de los señores Watkins, Fisker, Kendall, Tolliver y Bates cometiendo su crimen.
Psyche se quedó mirando fijamente a Helen Mc Dermont.
—Tiene usted nervios de acero, ¿no es así? —susurró.
—Los nervios no son más que unos cables que obedecen órdenes del cerebro —replicó reposadamente Helen—De modo que lo que yo tengo es un buen cerebro, lúcido, sano y poderoso.
Psyche se permitió un parpadeo.
—Usted no es una mujer corriente.
—No, no lo soy. Por eso fui seleccionada por la Casa Blanca para atender este asunto. Ya debe habérselo dicho Parks, ¿no es cierto?
—¿Qué opina de él? De Parks.
—Sólo puedo opinar que es un traidor. Un sujeto bien relacionado en la Casa Blanca al que usted sobornó para que sirviera a sus planes. Por cierto, ¿qué es lo que pretende usted con todo esto?
—¿Y qué es todo esto, según usted?
—Eso de los desdoblamientos de la personalidad. Watkins me contó lo que hizo... cuando no era realmente él, sino su... doble, ese otro ser que se supone que todos llevamos dentro.
—¿No cree usted en eso?
—Ya lo creo que sí —admitió Helen—. Es más, no creo que tengamos una personalidad doble, sino múltiple. Cada uno de nosotros puede ser diferente en mil ocasiones, si se producen mil situaciones diferentes. Lo que no creo es que lo que hacemos en cada una de esas situaciones diferentes lo hagamos sin darnos cuenta. De modo que si Albert Watkins descuartizó a una niña negra, lo hizo a sabiendas y con plena consciencia. Pero no lo hizo, ¿verdad?
Psyche estuvo mirando fijamente a Helen Mc Dermont durante no menos de medio minuto. Por fin, sin decir palabra, se puso en pie, fue al archivo de películas, seleccionó una, la metió en un proyector y lo accionó. Las imágenes aparecieron en seguida en ¡a pequeña pantalla de pie, sostenida por un trípode. Psyche apagó la luz, dejando sólo una roja en un rincón, y volvió a sentarse junto a Helen, que miraba la película.

Era prácticamente de noche. Apareció Albert Watkins, caminando lentamente hacia una casa. Luego se le vio llegar a la parte de atrás de la casa. Ahora estaba de espaldas, de modo que se veía bien a la pequeña Daisy, mirándole expectante. Watkins movía los brazos. La niña mostraba su muñeca. Watkins seguía viéndose de espaldas, pero la cámara se desplazaba, y finalmente lo tomó de perfil, igual que a la niña. Watkins le pedía la muñeca a la niña, eso estaba bien claro, no hacía falta oír diálogo alguno. La niña le entregaba la muñeca... Watkins arrancaba la cabeza a la muñeca, luego los brazos y las piernas...
Las imágenes que siguieron a partir del momento en que una mano de Watkins agarró a la pequeña Daisy Jones por el cuello fueron tan horrorosas que Helen Mc Dermont desvió la mirada, y acto seguido cerró los ojos. Un frío intenso estaba penetrando en su cuerpo. Sentía junto a ella la presencia de Psyche, que permanecía en silencio. Se oía el leve zumbido del proyector.
De pronto, todo quedó en silencio.
Helen Mc Dermont abrió los ojos.
—Me parece que no ha disfrutado mucho de la película —dijo Psyche.
—¿Usted sí? —murmuró Helen.
—A mí ya me aburren estas cosas. Tengo todo un archivo de películas como ésa, y peores que ésa. Si lo desea, puedo proyectarle las de los otros caballeros que están recluidos en la quinta de New Hampshire.
—Quisiera antes examinar la película de Albert Watkins.
—¿Quiere decir buscar un truco, un montaje, algo que demuestre que es falsa, que eso no ocurrió realmente?
—Sí, eso quiero decir.
—Le daré la oportunidad de examinar esas películas a su completa satisfacción, se lo aseguro —dijo Psyche—, Pero esperaremos un poco... Esperaremos a que usted castigue a Otis por haberla violado.
—¿Lo he de castigar yo?
—Dijo que le gustaría matarlo, ¿no?
—Era un modo de hablar. Pero no pienso matarlo... Nunca he matado a nadie, y no pienso empezar ahora con eso.
—¿Quién sabe? Todas las cosas tienen un principio. Bien... ¿visionamos las películas de los otros cuatro caballeros?
—No... No hace falta. No.
—Vamos, no sea tan impresionable. Acaba de decir que tiene un cerebro lúcido, sano y poderoso. Sin duda, su potencia mental puede resistirlo todo. ¿Practica usted el hipnotismo con sus clientes?
—No... Casi nunca.
—¿Por qué?
—Sólo lo hago en casos de extrema resistencia por parte del paciente

a decirme la verdad de las cosas que le atormentan. Casi nunca es necesario... Si van a mi consulta es para contarme sus cosas, ¿no?
—Pero hipnotizando a la gente siempre se saben muchas más cosas. Y por lo general, cosas muy interesantes.
Helen Mc Dermont frunció un instante el ceño, y luego casi sonrió.
—¿Está usted tratando de hipnotizarme a mí? —preguntó.
—Carezco de ese poder.
—¿De veras? Yo más bien diría que sus facultades hipnóticas tienen mucho que ver con ese desdoblamiento de la personalidad de esas pobres personas a las que ha sometido a una horrible tormenta mental.
—¿Cree que Watkins descuartizó a esa niña porque yo lo hipnoticé y se lo ordené?
—No veo ninguna otra explicación creíble. Y tal vez incluso tenga hipnotizado a Frederick Parks. ¿Qué es lo que se propone usted con todo esto? ¿Qué está tramando?
—Me parece —sonrió Psyche— que no está usted muy asustada.
—Estoy interesada... profesionalmente interesada. ¿Asustada? Bueno, también un poco, la verdad. Pero mi interés profesional supera al miedo. Me gustaría saber qué está usted haciendo y para qué. Quizá aprendiera algo verdaderamente importante.
—Es usted muy astuta. Pero de momento no le voy a decir nada. Lo que quiero ahora es que vea las películas de los otros. Y será mejor que me complazca, doctora Mc Dermont, porque de lo contrario me enfadaré seriamente con usted.
Helen no contestó. Psyche dio una cabezada, fue hacia el proyector, retiró la película de Watkins, y la guardó en el archivo. Sacó de éste otras cuatro, y se dirigió hacia el proyector...
Las escenas parecían mezclarse unas con otras. Era como si se pasaran las cuatro películas a la vez, superpuestas las imágenes.
En su pesadilla, Helen Mc Dermont veía a Silvan Fisker en el garaje de su casa. Estaba en pijama y bata. Frente a él, atado sólidamente a un neumático viejo, había un perro. Es decir, una perra. Una perra que hacía muy pocos días había tenido cachorros. Cuatro pequeños bichitos graciosos que ahora sostenía Silvan Fisker en sus manos, como mostrándolos al animal atado a la cubierta. La perra daba tirones fortísimos, lanzaba dentelladas a todas partes, estaba enloqueciendo... La película era muda, desde luego, pero tampoco hacía falta sonido alguno. Era evidente que la perra ladraba, gruñía y gemía en el colmo del dolor y la furia... mientras Silvan Fisker, con una sola mano, mantenía ahora ante la perra un solo cachorrillo, al que estaba estrangulando...
...Kendall, el coronel Stephen Kendall, de la United States Air Forces, estaba arrodillado sobre una alfombra, en la cual había tendida una

muchacha de poco más de veinte años, morena, bonita. La muchacha estaba desnuda, tendida boca arriba y parecía dormida. Pero no... Mirando con más atención podía verse la señal del golpe en un lado de la frente. Indudablemente, Kendall la había aturdido de un golpe. Y ahora, arrodillado junto a ella, tenía en la mano derecha una cuchilla de afeitar. Cuchilla que deslizaba suavemente primero por una mejilla y luego por otra mejilla de la muchacha. Aparecía primero como una rayita, y luego ésta se ensanchaba y formaba como un fleco que iba descendiendo hacia el cuerpo de la muchacha, mientras Kendall, sonriente, acercaba la cuchilla a los senos de la desvanecida víctima.
...Había un acuario precioso, con peces de colores. Debía medir no menos de un metro de largo, medio de ancho, y setenta centímetros de altura. El acuario estaba iluminado bellamente. En un extremo, se veían las burbujas del renovador del oxígeno del agua. Los peces de colores eran bellísimos. Había también alguna roca, o quizá fuese una esponja, y algunas pequeñas caracolas adheridas al cristal. El espectáculo era precioso. Producía una sensación de paz y de silenció sedante. Frente al acuario estaba Ben Tolliver, con un precioso gato negro en los brazos. Parecía que Tolliver estuviese hablando con el gato, sonriente, mientras señalaba los preciosos peces de colores. El gato no parecía demasiado interesado por los peces, sin embargo. El acuario tenía una tapa de cristal. Tolliver la alzó, y de pronto metió al gato en el acuario y tapó éste rápidamente. Dentro del agua, el gato pareció volverse loco, y...
Helen Mc Dermont despertó de pronto, lanzando un grito y sentándose en la cama de un salto.
Se quedó jadeante, con los ojos abiertos a la oscuridad, sintiendo deslizarse por todo su cuerpo el copioso sudor de la angustia.
—Dios mío —gimió.
Encendió la luz de la lamparilla de la mesa de noche, y se sentó en el borde de la cama. No tenía cigarrillos.
El gato dentro del acuario...
Aspiró profundamente.
«Tengo que controlarme —pensó—. No voy a permitir que ese hombre me vuelva loca. A fin de cuentas, no he sido yo quien ha hecho esas cosas... Todo lo que tengo que hacer es controlarme. Y desde luego, en cuanto pueda...»
De alguna parte, de pronto, llegó un grito horrible. Helen se envaró. El grito se repitió, más prolongado. No habría sabido decir si era de persona o de animal. Sólo que era un grito que ponía los pelos de punta.
Helen se acercó a la puerta, escuchó unos segundos a través de la madera, y luego la abrió, saliendo al pasillo. Allí no había nadie. A su derecha había un aplique de luz encendido. Todas las puertas de los

dormitorios que daban al pasillo estaban cerradas. Ahora no se oía nada. Pero de pronto, desde la planta baja de la casa llegaron unas risas... absolutamente siniestras. Luego, volvió a sonar el alarido de espanto infrahumano, de terror y dolor.
Helen se acercó al borde de la escalinata y miró hacia abajo. Todo estaba a oscuras allí.
Apareció de repente una luz por debajo de la escalinata.
Luego, se encendió la luz de la gran araña del techo. Se oyó otra risotada, y acto seguido sonaron pasos, acercándose hacia el centro del vestíbulo. De un momento a otro Helen podría ver a la persona que caminaba.
Pero no llegó a verla.
Oyó la risa y luego el impacto de algo relativamente blando contra el suelo.
Algo más o menos esférico apareció rodando hacia el centro del vestíbulo, ahora todo iluminado. Sí, era una cosa más o menos esférica y casi blanda, que sonaba de un modo acolchado. Rodó hasta detenerse, y tras una extraña oscilación, quedó por fin quieta.
Los saltones ojos quedaron de lado, como mirando hacia el pie de la escalinata. Parecía que fuesen a saltar de las órbitas. El rostro de sapo se veía ahora perfectamente, al final del salpicado reguero de sangre. Allá estaba Otis Cara de Sapo. Es decir, su cabeza.
Un lento calambre, como una corriente eléctrica que fuese aumentando lentísimamente de voltaje, recorrió el cuerpo de Helen Mc Dermont desde la nuca a los talones.
En alguna parte resonó una puerta al cerrarse. Luego, la risa siniestra llegó muy amortiguada a oídos de Helen.
El escalofrío, el calambre, parecía regresar ahora a su punto de origen, es decir, subía por las piernas de Helen, llegaba a las nalgas, la cintura, la espalda... Era lento, frío y cruel.
Consiguió por fin apartar la mirada de la cabeza de Otis Cara de Sapo, dio media vuelta, y emprendió el regreso a su dormitorio. Cerró tras ella, se dirigió a la cama y se acostó.
Cerró los ojos.
«Conmigo no vais a conseguir nada —pensó—. No sabéis con quién estáis jugando, no, no lo sabéis... Sé que sois varios hombres armados, y que quizá todos estéis locos, pero a mí no vais a volverme loca. Ni lo soñéis. Si estáis jugando, seguiré vuestro juego... pero por poco tiempo. Andaros con cuidado conmigo, porque mi mente no es tan fácil de impresionar. No vais a asustarme, no vais a conseguir nada de mí. En cambio, yo conseguiré de todos vosotros lo que me proponga... y cuando me lo proponga.»

CAPITULO VII

Fue despertada de un modo tan brutal y súbito que se puso en pie de un salto sobre la cama, quedando oscilando, a punto de caer hacia un lado, balanceando los brazos para sostener el equilibrio.
Desorbitados los ojos, miró hacia la puerta, pero ésta permanecía cerrada. Es decir, así debía ser, puesto que la oscuridad era total, y de haber estado la puerta abierta habría visto la luz del pasillo. Pero no había luz.
Sólo oscuridad.
Y música.
Aquella violenta música iniciada de pronto, que atronaba sus oídos, que retumbaba en el dormitorio haciendo vibrar todo, empezando por su cabeza. Se llevó las manos a las orejas, presionando con fuerza, protegiendo sus oídos de la música...
La música fúnebre, de órgano seguramente. Era atronadora, horrible, insoportable. Todavía presa del sobresalto, Helen Mc Dermont sentía los latidos de su corazón con tal fuerza que parecía que el pecho le iba a reventar.
Y de pronto, la oscuridad se tiñó de gris.
Miró hacia el lugar donde había brotado la luz. No era propiamente una luz, sino la pantalla ahora encendida del televisor en el que no sabía cuánto tiempo antes había visto cómo Cara de Sapo la...
Allí estaba Cara de Sapo. Aparecía ahora nítidamente la imagen del repugnante hombrecillo. Estaba sentado a una silla y atado a ésta de pies y manos. Sus ojos saltones miraban horrorizados hacia delante, hacia algo que la pantalla no mostraba. Su boca grande y blanda se movía. Estaba hablando... Estaba suplicando algo que no se oía. Siempre todo en silencio, siempre eran mudas las películas.
Helen estaba inmóvil, mirando la pantalla, en la cual, de pronto, apareció ella. Ella misma, Helen Mc Dermont, estaba ahora frente a Cara de Sapo, completamente vestida, con sus ropas. Otis Cara de Sapo seguía suplicando, mirando ahora el gran cuchillo de cocina que Helen Mc Dermont sostenía con una mano, blandiéndolo ante el rostro del aterrado hombrecillo.
De pie en la cama, Helen no apartaba la vista de su imagen en la pantalla. Estaba diciéndole algo a Otis, y esto tenía aterrorizado al hombre, que hacia vanos esfuerzos por soltarse de las cuerdas que lo sujetaban a la silla. Sus esfuerzos fueron tan violentos que terminó derribando la silla, cayendo al suelo de bruces.
Entonces, Helen Mc Dermont se acercó a él, le agarró una oreja con la mano izquierda, y, utilizando el cuchillo con la derecha, le cortó rápida y limpiamente la oreja. Se vio el rostro de Cara de Sapo de lado, descompuesto y desencajado. Un trozo de cara se desprendió y

cayó al suelo. Esto fue algo realmente sorprendente para Helen, que lanzó una exclamación... No la Helen de la pantalla, sino la Helen Mc Dermont que estaba de pie en la cama.
La Helen de la pantalla reía. A puntapiés, colocó a Otis de costado, y luego cara al techo. Su postura era ridícula e indefensa, atado a la silla, con las piernas flexionadas, las manos prensadas contra el suelo por el respaldo...
Helen Mc Dermont, la de la pantalla, se inclinó sobre Cara de Sapo y acercó el sangrante cuchillo a su enorme boca. Cara de Sapo comenzó a negar con la cabeza. No, no, no, no, no... decía una y otra vez. Pero Helen le pinchó en el vientre con el cuchillo, y el hombre, tras otro grito, quedó mudo e inmóvil. De nuevo Helen acercó el cuchillo a la boca de Cara de Sapo, y lo colocó entre los labios del hombre... que entonces abrió la boca. Helen le metió su propia oreja en la boca y comenzó a reír cuando Otis la escupió. Luego, le desabrochó el cinturón y comenzó a bajarle los pantalones a tirones, diciendo algo. Otis Cara de Sapo parecía al borde del desmayo, pero comenzó a gritar de nuevo, vigorosamente, cuando quedaron al descubierto sus genitales y Helen volvió a decirle algo mostrándole el cuchillo.
Luego, con la mano izquierda agarró su presa, y con la derecha utilizó el cuchillo para cortar.
Pareció que el rostro de Otis fuese a saltar en pedazos. Si la película hubiera sido sonora seguramente su grito habría hecho explotar la pantalla.
Se vio a Helen Mc Dermont sosteniendo en alto su trofeo, con la mano izquierda. La Helen que estaba sobre la cama se vio a sí misma moviendo los labios, y supo lo que acababa de decir:
—Así aprenderás a violar, Cara de Sapo.
Otis seguía aullando. Helen se acercó a él, y tras inclinarse le hundió el cuchillo en el pecho, sobre el corazón.
Después, comenzó a cortarle la cabeza...
Helen Mc Dermont suspiró, bajó de la cama y se acercó al televisor. A la luz de la pantalla vio el hilo de la conexión a la red eléctrica. Lo agarró, dio un tirón, y la pantalla se apagó. Despacio, Helen regresó a la cama, se tendió, y permaneció inmóvil, respirando pesadamente.
La cabeza de Otis Cara de Sapo. Antes la había visto rodando por el suelo, abajo, en el vestíbulo. ¿Había sido ella quien se la había cortado? Era absurdo. ¿Cómo podía haber estado ella durmiendo y al mismo tiempo abajo, cortándole la cabeza a Cara de Sapo?
¿O no había estado durmiendo? Es decir, ¿se había despertado en determinado momento, había ido a vengarse de Otis, y luego había vuelto a la cama? ¿Podía haber hecho esto, hipnotizada por Psyche? No, no era posible, porque ella estaba en lo alto de la escalera cuando

apareció rodando la cabeza... Claro que la cabeza ya cortada podía haberla tirado hacia el vestíbulo el propio Psyche, sabiendo que ella estaba allá arriba...

Sí, ella podía haber bajado a matar a Otis, volver a la cama, despertarse luego, y salir del dormitorio... No, tampoco, porque lo que la había despertado habían sido los gritos de Otis. ¿O no era Otis el que había gritado entonces? ¿Había sido otra persona? Parecía que debía haber sido Otis al cortarle ella la oreja y luego lo otro. Es decir, que si había sido así, ella no había sido, porque en ese momento estaba en la cama...

¿O no había estado en la cama?

¿Le había parecido que estaba en la cama, pero no era así, sino que estaba abajo, sólo que Psyche la había hipnotizado y le había hecho creer que estaba en la cama, pero estaba abajo, cortándole la cabeza a Cara de Sapo?

Nada de todo esto era posible.

No sólo por la cuestión cronológica, sino por la cuestión de la hipnosis. A la señorita McDermont hablan intentado hipnotizarla muchas veces, pero que ella recordase sólo una vez lo habían conseguido. Las demás veces fracasaron porque, en efecto, ella tenía una mente lúcida, sana y poderosa.

«Eso es —se dijo—, Y no debo olvidarlo. Ni Psyche ni nadie puede hipnotizarme a mí, del mismo modo que he superado hace tiempo la cuestión del detector de mentiras. Incluso utilizando drogas corrientes tendrían dificultades para manejarme a su antojo... »

Una mente lúcida, sana y poderosa.

Así era su mente.

Así tenía que conservarla. Y nada de lo que hicieran los demás la iba a alterar. Todo aquello debía tener una explicación lógica y razonable, y ella la encontraría.

¿Y si intentaba marcharse de allí ahora mismo, en plena noche? ¿O era ya de día? Bien, no importaba. No pensaba marcharse... Ah, no, no se irla de allí hasta que hubiera descubierto qué estaba ocurriendo realmente, qué pretendía Psyche... Además, debía de haber hombres armados vigilando la casa. Estaban, por lo menos, los tres del coche. Y Parks. Y había visto dos más. Y seguramente aún quedaban otros que no había visto. Si intentaba marcharse ahora, la detendrían, naturalmente, aunque fuese a balazos.

No, no, no, nada de eso. No se había dejado inyectar el pentotal sin resistencia alguna para ahora marcharse de allí, a las primeras dificultades. Lo que ella había pretendido en todo momento había sido...

—¿Sabes lo que voy a hacer contigo, cerdo asqueroso?

—No, por favor, no lo haga —suplicó Cara de Sapo.

—¿Por favor? —rió Helen Mc Dermont—. ¡Maldito sapo repugnante, ahora pide las cosas por favor! ¿Por qué no me pediste por favor hacer el amor conmigo, en lugar de violarme?
—¡No la violé, usted estaba despierta y quiso hacerlo conmigo, quiso hacerlo, le gustó... !
—Sabes muy bien que no es así. Yo «parecía» despierta, pero estaba dormida, estaba hipnotizada por ti o por Psyche. Tú mismo lo dijiste, que me habías violado cuando yo estaba durmiendo. Sin embargo, luego, en la película, yo estaba despierta. ¿Quién me hipnotizó, tú o él?
—No, no es verdad... ¡usted quiso hacerlo conmigo!
—¡Antes vomitaría que hacer el amor contigo! ¡Qué digo vomitaría. . antes me moriría de asco, reventaría de repugnancia! ¿Qué hicisteis? ¿Me hipnotizasteis o me drogasteis? ¡Quiero saber la verdad!
—Ya se la he dicho... Usted dijo que me amaba, y...
—¡Mientes, Cara de Sapo! ¡Y ya no voy a tener más consideraciones ni más charla contigo! ¡Te lo voy a cortar todo! ¿Me entiendes? ¡Todo! ¡Es inútil que des tirones a las cuerdas, todo lo que conseguirás será caer al suelo, y así aún me será más fácil hacerlo!
—¡Psyche! —aulló Otis—. ¡Psyche, ven aquí, llévate a esta loca, va a matarme...«
—¿Por qué llamas a Psyche? —rió Helen Mc Dermont—. Gran cretino, ¿no comprendes que ha sido él quien me ha ayudado a someterte, a atarte a esta silla, para que yo pueda vengarme de ti personalmente? ¿No comprendes que de este modo él también te castiga por haberle desobedecido? ¡Psyche está enamorado de mí, y tú me has violado! ¡Por eso, él quiere que te lo corte todo, y está disfrutando tomando la película!
—No... ¡No, no, no, NNNOOOOO...!
Los esfuerzos de Otis, terribles, terminaron por volcar la silla y todo él se fue al suelo con ella como un paquete.
—Cara de Sapo —dijo Helen—, voy a cortarte, primero de todo, una oreja, y te la haré comer. Y así, cortándote unas cosas y otras, nos iremos divirtiendo mucho los dos, y aprenderás a...
Helen Mc Delmont despertó, y se sentó al borde de la cama y encendió la luz de la mesita de noche.
Muy bien. ¿De modo que éste era el proceso? Hasta aquí, comprendido. No tenía nada de extraordinario que una persona que había llevado a cabo una acción de aquella naturaleza soñara incluso con ella. Según su potencia mental, mientras estaba despierta podía o no rechazar los recuerdos. Este era su caso: ella podía rechazar los recuerdos mientras estuviese despierta. Pero una vez dormida, los sueños mandaban. Podía haber soñado cualquier otra cosa, pero lógicamente, lo más reciente, y además tan impresionante, prevalecía.

Por lo menos, las primeras noches.
Generalmente, los sueños, o bien se producen como consecuencia de vivencias reales anteriores al momento de la ensoñación, o bien se producen como una premonición, una advertencia de hechos futuros que nos pueden ocurrir.
En el caso concreto de ella, y respecto a los cinco internados en la quinta de New Hampshire, no cabía duda de que los sueños eran consecuencia de las vivencias anteriores. A unos les durarían y les afectarían más que a otros, como era el caso de Albert Watkins y el de ella. Ella sabía que pronto controlaría esa profunda impresión de lo que habla visto que hacía con Cara de Sapo. Despierta no tenía problema para ello. Dormida, pronto controlaría su mente. Sabía hacerlo.
Lo había hecho muchas veces, había aprendido a rechazar recuerdos desagradables.
Hasta aquí, bien, todo explicado: Psyche les dejaba ver aquellos filmes, sabiendo que les provocaría pesadillas, más o menos intensas y más o menos duraderas según la potencia mental del sujeto. Watkins no era demasiado poderoso mentalmente, pero ella sí. Hasta aquí, explicado.
Pero... ¿cómo explicar lo que había hecho Watkins con una niña, lo que habían hecho los demás, lo que había hecho ella con Otis Cara de Sapo? ¿Películas trucadas? Ahora sabía con toda seguridad que no. Habría sido demasiado simple, y sobre todo, demasiado burdo.
No, no eran películas trucadas.
Entonces, sólo podía ser una cosa. Antes, no podía saberlo, no podía estar segura, aunque lo había intuido, pero ahora, cuando ella misma era uno de los sujetos sometidos a aquella tormenta mental, lo sabía. Y lo sabía perfectamente por una sola pero irrebatible razón: ella jamás habría hecho lo que había visto en la pantalla que Helen Mc Dermont hacia con Otis Cara de Sapo. Ni despierta ni dormida, ni drogada ni hipnotizada, habría hecho jamás una cosa así. Podía, ciertamente, matar a cualquiera, pero no hacer una cosa así, nunca emplear aquel sadismo para una venganza personal... ni para nada.
De modo que sólo había una explicación: no era ella quien había hecho lo que ella había visto hacer a Helen Mc Dermont.
Y si no era ella, lo mismo había sucedido con respecto a Tolliver, Bates, Watkins, Kendall y Fisker. Tampoco eran ellos los que habían hecho lo que aparecía en las películas que Psyche les había mostrado. Así pues, tenían que haber sido sus dobles. Pero... ¿era esto creíble? ¿Era creíble que existiesen cinco hombres iguales a otros cinco, y precisamente cinco hombres relacionados con la Casa Blanca? Ni siquiera como casualidad podía admitirse.
Y además, estaba ella. Había visto su rostro en aquella mujer que le

cortaba la cabeza a Cara de Sapo. ¿Otra casualidad? Imposible. Más que imposible: absurdo.
Bien. Muy bien.
Tenía que existir una explicación lógica a todo esto... y ella la iba a encontrar.
Poco después, Helen Mc Dermont se tendía de nuevo en la cama, se relajaba completamente, y se concentraba en limpiar su mente de todo pensamiento. Lo había hecho con mucha frecuencia, y lo logró de nuevo. Cualquier vestigio de tormenta mental desapareció, su mente quedó en calma, limpia, serena.
Cuando esta vez se durmió, nada turbó su descanso.

* * *

—Ah, doctora Mc Dermont —la contempló irónicamente Psyche—. Buenos días. ¿Ha descansado usted?
—Perfectamente, gracias.
Psyche se quedó mirándola con burlona incredulidad. Estaba en la sala de proyecciones, tomando unas notas referentes a las películas que contenía el fichero, cuando ella había aparecido de pronto, ataviada con el blanco y basto camisón. Debían de ser las nueve de la mañana.
—¿De veras? —expresó su escepticismo Psyche—. ¿De verdad ha descansado... perfectamente?
—Bueno, hubo alguna pequeña interferencia, pero la solventé sin mayores complicaciones. ¿Sabe lo que menos me ha gustado del show de esta noche?
Psyche mostró de nuevo sorpresa en su cadavérico rostro. De pronto, se echó a reír.
—¡Es usted realmente peculiar, doctora! ¿Qué quiere decir con eso de show? ¿Acaso ha asistido usted a algún espectáculo?
—No se me ocurre llamarlo de otro modo. Todo eso de cortarle la cabeza a Otis Cara de Sapo, la película, su cabeza rodando por el vestíbulo... ¿Cómo se le puede llamar a eso sino un show, un espectáculo? Pero, en fin, ya le digo que hubo algo que no me gustó: la música fúnebre.
—Ya. ¿No le gustan las marchas fúnebres?
—En absoluto. Yo creo que la Muerte es una cosa demasiado seria para tomársela a la ligera, ni siquiera con buena música. En mi opinión, lo menos que merecen los muertos es la paz del silencio. No importa lo que hayan sido o lo que hayan hecho en vida. Una vez muertos, merecen el descanso.
—Realmente es usted interesante —murmuró Psyche, cerrando una de las gavetas del fichero-cinemateca—. Sin embargo, convendrá

conmigo en que la música fúnebre suele ser buena música.
—¿Quiere decir música de calidad? Tal vez, pero sigue siendo ruido. La música de más calidad, a mi juicio, es aquella que provoca sentimientos de felicidad e impulsos creadores en el ser humano. O como mínimo, un estado de... alegría y bienestar. Llegando al mínimo más mínimo de todos, debe divertirle, no entristecerle. La tristeza, la pena, y todas esas cosas parecidas, son sentimientos negativos, que no sirven para nada.
—Pero convendrá conmigo en que el ser humano tiene esos sentimientos, doctora.
—Sin duda. Ya hay demasiadas ocasiones en la vida en que los sentimientos negativos hacen su aparición, eso es cierto, así que me pregunto: ¿por qué provocarlos, si por sí solos aparecen con demasiada frecuencia?
—Debo admitir que todo lo que usted dice es razonable. Pero, dígame, ¿puedo servirla en algo? ¿Me buscaba usted?
—Así es. Y dos de sus matones que andan por ahí fuera me han dicho que estaba aquí. Tengo la impresión de que tiene usted esta casa muy bien vigilada y protegida.
—Pequeñas precauciones, nada más —sonrió Psyche—. Bien, ¿en qué puedo servirla?
—Me gustaría hablar conmigo.
El desconcierto de Psyche fue total.
—¿Quiere usted hablar con usted? —exclamó—. Bueno, no creo que para eso me necesite a mí. Hay muchas personas que hablan consigo mismas, en voz alta, es cierto. De modo que si usted quiere hablar con usted, hágalo.
—Al decir que me gustaría hablar conmigo, pequeño cabezón, he querido decir que me gustaría hablar con la mujer que ha ocupado mi lugar en la película que me han ofrecido ustedes esta noche. Es decir, la mujer que vistiendo mis ropas le cortó la cabeza a Cara de Sapo, la mujer que vi ayer cuando desperté por primera vez, y a la que posteriormente tiñeron de rojo los cabellos, le pusieron mis ropas y la convirtieron en actriz de televisión... ¿me he explicado?
—Tiene usted una lengua demasiado agresiva, doctora.
—Me parece —sonrió Helen—que en lo referente a agresividad usted no tiene ni la más remota idea de hasta dónde puedo llegar.
—¿Eso cree usted?
—Estoy convencida. Mire, por ejemplo, soy una experta en karate...
Psyche soltó una carcajada.
—¡No sea usted ingenua! —exclamó —. Lo que menos me preocupa de usted es esa... sorprendente faceta deportiva, por llamarla de alguna manera. Una bala o varias solucionarían fácilmente el problema que eso pudiera plantearme. No son sus facultades físicas

las que me preocupan, sino las mentales. Es por eso que envié a buscarla, es por eso que quise privar a esos hombres de la ayuda que pudiera prestarles la doctora Mc Dermont.
—Según parece usted ya había oído hablar de mí.
—¡Naturalmente! En cierto modo casi somos colegas. Pero usted es una psiquiatra especial, querida mía. He oído hablar de sus métodos digamos poco ortodoxos, o mejor dicho, poco vulgares, de modo que decidí apartarla de mis... pacientes, no fuese que llegara demasiado lejos en sus indagaciones sobre sus mentes.
—Eso es muy halagador para mí. Pero dígame, ¿qué ha hecho con el auténtico Frederick Parks?
—¿Quizá le gustaría verlo?
Helen Mc Dermont asintió en silencio. Psyche sonrió y señaló la puerta de la sala de proyecciones. Cuando ambos salieron al vestíbulo, los dos vigilantes seguían allí, expectantes. Psyche les hizo una seña; ambos se colocaron tras él y Helen cuando se dirigieron hacia la puerta de la casa.

CAPITULO VIII

Afuera lucía un sol pálido, de apariencia más invernal que primaveral. Una ligera neblina a poca distancia de allí le sugirió a la doctora Mc Dermont la cercanía de un río. ¿El Potomac? ¿Estaban cerca de Washington... de la Casa Blanca?

Psyche señaló hacia su derecha, donde había un gran garaje, a unos cincuenta metros de la casa, cuyo aspecto era mejor que la que albergaba a los cinco afectados por las maquinaciones del cabezudo intelectual. Mientras caminaban hacia el garaje Helen vio tres hombres más, que parecían ocupados en diversos quehaceres normales, que por supuesto no la engañaron.

En el garaje había dos hombres más, también aparentemente ocupados en atender los dos automóviles. Psyche se detuvo, y miró burlonamente a Helen.

—Bien, ¿qué ve usted aquí? —preguntó.

—Un garaje.

Psyche emitió una risita, hizo una seña a uno de sus hombres, y éste se apresuró a alzar una ancha trampilla situada a un lado, dejando al descubierto un tramo de escalones de madera.

—Bajemos —dijo Psyche.

Bajó en primer lugar, como olvidándose de Helen. Al final del tramo de escalones les estaba esperando la mujer que había visto Helen al despertar la primera vez... y que ahora tenía los cabellos teñidos de rojo, iguales a los de Helen Mc Dermont. Estuvieron cuchicheando unos segundos ella y Psyche, y Helen alcanzó a saber que la mujer se llamaba Anabel. Un nombre demasiado bonito para una mujer que había cortado la cabeza de un hombre... Aunque, ¿realmente le había cortado la cabeza a Cara de Sapo? Claro que no. Debía ser algún truco... Y también era un truco que aquella mujer hubiera aparecido con el rostro de Helen Mc Dermont en la película. Pero... ¿qué truco?

Psyche se había vuelto hacia ella, y la miraba fijamente.

—¿Prefiere ver primero el taller o a Parks?

—¿El taller? —murmuró Helen.

—Bueno, nosotros lo llamamos la Fábrica de Americanos.

—¿Quiere decir que están fabricando americanos?

—Más o menos —sonrió torcidamente Psyche—. Creo que será mejor que vea en primer lugar el taller. A fin de cuentas Parks no tiene la menor importancia, y ya tendrá mucho tiempo para estar con él.

Al final del tramo de escalones, habla cuatro tabiques formando como un pequeño vestíbulo. En uno de los tabiques había una puerta, que Anabel abrió. Amortiguado, llegó el rumor de maquinaria. Y enseguida, Helen olió algo que le recordó la cera. Psyche, que la estaba mirando de reojo, sonrió.

—No es propiamente cera —explicó-, aunque sí interviene en la fabricación de americanos. Es un... compuesto especial, digamos mitad caucho y mitad cera que nos proporciona un material sumamente maleable, muy dúctil. Estamos consiguiendo grandes éxitos con él, aunque en ocasiones todavía se producen fallos... que estamos solventando rápidamente.
—¿Qué clase de fallos?
—Digamos que el material, a veces, queda demasiado rígido, y entonces es quebradizo.
—¿Como la cara de Otis Cara de Sapo en la película de anoche?
—Su poder de observación y penetración están comenzando a inquietarme, doctora Mc Dermont —dijo Psyche, señalando hacia delante.
Recorrieron un pasillo que tenía tres puertas a la izquierda y una sola a la derecha. Anabel abrió esta última puerta y entró. Psyche hizo un gesto a Helen, que entró en segundo lugar.
Allí había un taller, en efecto. Un taller donde se fabricaban caras. En el fondo, a la izquierda, había varias máquinas atendidas por media docena de hombres, todas ellas unidas por medio de un grueso tubo a un tubo mucho mayor que desaparecía en la pared. Un poco más cerca había algunos bancos de trabajo. Al otro lado, una gran caldera, de la que procedía el olor que recordaba el de la cera.
Todo lo demás eran caras, es decir, mascarillas de caras, colgadas en las paredes en apretadas filas... Era como contemplar una extraña multitud. Había caras de diversas características, algunas repetidas incluso doce o quince veces. Helen Mc Dermont experimentó una de las sensaciones más inquietantes de su vida.
—¿De manera que aquí fabrican ustedes las caras...? —susurró.
—Oh, esto es un taller experimental, en realidad —explicó Psyche—. Digamos, una avanzadilla de prueba. Y puesto que está demostrando funcionar bien, dentro de poco, tal vez un par de años como máximo, habrá un centenar de talleres como éste en los Estados Unidos.
—Para fabricar americanos.
—Esa es la idea. El procedimiento es simple: todo lo que necesitamos es una mascarilla de determinada persona, y en poco tiempo obtenemos un duplicado de su rostro. ¿Está sorprendida?
—No demasiado.
—¿De veras?
—Hace tiempo que esto se hace en Hong Kong, me parece. Leí algo respecto a que por unos pocos dólares los turistas podían comprar allá la cara que quisieran de entre las disponibles, que suelen ser de famosos personajes, desde el emperador del Japón a... a Cassius Clay, pongamos como ejemplo.
—Es un juego divertido, ¿verdad? Se pueden gastar bromas

formidables. Algo así como una fiesta de disfraces. Yo podría disfrazarme de Ronald Reagan, por ejemplo, y usted de señora Reagan...

—Me parece que usted no da el tipo del señor Reagan.

—Es cierto —rió Psyche —. Ni usted el de la señora Reagan. Era un decir. Naturalmente, siempre se pueden encontrar personas de figura parecida a las que queremos representar con las caras que aquí fabricamos. Nosotros, partiendo de esa divertida industria de Hong Kong, pretendemos llegar mucho más lejos, y con mucha más perfección en nuestros productos. Hicimos varias copias de la cara de usted, utilizando el molde que tomamos mientras estaba bajo los efectos del pentotal. ¿Quiere verlas?

—Conozco bien mi rostro, no hace falta. ¿Qué es lo que pretenden exactamente con esto?

—La principal dificultad, como ya habrá comprendido, está en obtener los moldes de los rostros de determinadas personas. En el caso de los señores Fisker, Kendall, Tolliver y Bates no fue extremadamente difícil, pero sí requirió habilidad y paciencia. Tuvieron que ser drogados, y entonces obtuvimos sus mascarillas. Cuando despertaron se sorprendieron mucho de lo que les había ocurrido. No entendían nada. Pero luego, cuando vieron sus películas y recordaron aquel extraño desvanecimiento de tiempo atrás, se convencieron de que tenían... lapsus mentales, durante los cuales podía producirse ese desdoblamiento de la personalidad bajo el cual se podían hacer cosas... poco corrientes. Es una lástima que, con mucha cordura, claro, hayamos desistido de intentar obtener la mascarilla de Ronald Reagan.

—¿Están tramando algo contra la Casa Blanca?

—No concretamente. Representa demasiadas dificultades que no podemos solucionar... por ahora. En realidad, el haber recurrido a gentes vinculadas a la Casa Blanca ha sido una prueba. Podíamos haberla hecho en cualquier otro sitio, pero me divirtió mucho causar ese... trastorno nada menos que en la Casa Blanca. Y si hemos conseguido resultados satisfactorios con personas de cierta importante significación como Silvan Fisker y los demás, todavía podremos conseguirlo más fácilmente con personas sin relevancia alguna, trabajadores normales y corrientes, artistas, deportistas... Disponemos de un gas narcótico que podemos disparar en cápsulas, y que sume en profundo sueño a cualquier persona. Podemos ir por todo el país durmiendo cientos, miles de americanos normales y corrientes y obteniendo moldes de sus rostros. Y eso es lo que haremos cuando todos ¡os talleres estén funcionando.

—¿Debo entender... y admitir que dispondrían ustedes de millones de personas que usurparían las personalidades de esos americanos?

—Así es. Una lenta invasión de personas que serán los portadores de los rostros de millones de americanos.
—Eso es absurdo. Significaría un... desembarco de personas procedentes de otro país o países. Es absurdo. E imposible.
—¿Eso cree usted? Bien: ¿cuántos mejicanos, cubanos, portorriqueños, chinos y gentes no nacidas en Estados Unidos calcula que hay ahora aquí? Yo se lo diré: millones. Y son ciudadanos de tercera o cuarta clase. Yo podría convertirlos en ciudadanos de pleno derecho, con grandes privilegios y riquezas después de anular a los americanos que ahora están ocupando los puestos de privilegio.
—¿Anularlos? ¿De qué modo?
—Le contestaré con una pregunta —sonrió Psyche—: ¿qué cree usted que ocurriría si a millones de personas les ocurriera lo mismo que a los cinco que ya hemos utilizado en el experimento inicial?
—¿Quiere decir someter a millones de personas a esa tormenta mental?
—Muy bien expresado. Una tormenta mental colectiva. ¿Qué ocurriría si eso les ocurriese a millones de personas? En todas partes, claro está: en la misma Casa Blanca, en el Pentágono, en el Senado, en la Policía, en la CIA, en la O.N.U., en casas corrientes de pequeñas localidades, en grandes ciudades... ¿Qué cree que ocurriría?
—¿Pretenden volver locas a algunas personas?
—A algunas, no, doctora: pretendemos volver loco al pueblo americano. A todo el pueblo americano. Vamos a desquiciar este país, lo vamos a sumir en la locura colectiva, en una tormenta mental, como usted bien ha dicho, que acabará con todo lo establecido hasta ahora. Lo vamos a destruir mentalmente, lo vamos a despedazar emocionalmente... Dentro de un par de años, quizá tres, Estados Unidos será un gigantesco manicomio, una ruina de lo que es ahora.
—¿Y usted será el... director de ese manicomio?
—|Por fin lo ha entendido! Yo, mis ayudantes y las gentes que me habrán ayudado, dirigiremos el Manicomio de los Estados Unidos de América. ¿Qué le parece?
—Que está usted más loco que una cabra.
Psyche se echó a reír de nuevo.
—Venga por aquí. Tengo otra sorpresa para usted.
Salieron del taller, y Anabel, que sonreía irónicamente, abrió una de las puertas del otro lado del pasillo, se apartó y señaló el interior. Helen entró, y se quedó mirando a Cara de Sapo, que, junto con otro hombre, estaba atendiendo lo que parecía un gigantesco generador. Cara de Sapo la miró, sonrió, y se interesó amablemente:
—¿Qué tal, doctora?
—Muy bien, gracias. Si esperaban sorprenderme con esto, no lo han conseguido. Ya sabía que lo de la decapitación que vi en la película

era un truco. Todo a base de trucos. Por ejemplo, la película del crimen de Albert Watkins tiene como personaje central a un sujeto que portaba el rostro de Watkins y a una niña negra con su muñeca. Pero lo del descuartizamiento, eso sí es un truco cinematográfico. Y lo mismo lo de las películas de los demás.
Otis Cara de Sapo, simplemente, amplió la sonrisa en su ya gigantesca boca. Detrás de Helen, Anabel y Psyche rieron. Psyche tomó del brazo a Helen, la sacó de aquella habitación, y la llevó ante otra de las puertas, que Anabel abrió.
—Puede pasar ahora a saludar al señor Parks —dijo Psyche—. Espero que tengan muchas cosas que contarse. Mientras tanto, nosotros seguiremos atendiendo nuestros asuntos en la casa. Ya nos iremos viendo.
Helen Mc Dermont entró en el cuarto, oyendo cerrarse tras ella la puerta. Pero no hizo caso, porque toda su atención estaba concentrada en Frederick Parks, que yacía sobre una cama, amarrado a ésta por las muñecas y los tobillos. Tenía manchas de sangre en la cara y el torso, y sus ropas estaban desgarradas en varios puntos. Todo comprendido: habían capturado a Parks, le hablan obligado a decir quién era ella y habían colocado en su lugar a un portador de su rostro para que la engañara.
Parks, alzada la cabeza con visible esfuerzo, la estaba mirando. Helen se acercó al lecho, y le sonrió. Parks frunció el ceño.
—Lo siento —murmuró—. Me parece que hablé demasiado.
—No sea absurdo. Cualquiera habría hecho lo mismo, señor Parks. ¿Cómo se encuentra?
—Mal. Pero, si me suelta, todavía estoy en condiciones de darles un buen susto a esta gente.
—Lo dudo, pues la mayoría están armados. Ni sus filigranas de agente de seguridad ni mis conocimientos de karate servirían de gran cosa. Todo lo que conseguiríamos sería que nos matasen. O que nos disparasen esas cápsulas de gas narcótico, como hicieron con usted, y volveríamos a empezar.
—Es usted única para dar ánimos, ¿sabe? —gruñó Parks—, Oiga, ¿de dónde ha sacado ese horrible camisón o lo que sea?
—Gentileza de nuestros anfitriones.
—Ah, ya. Bueno, suélteme y veremos qué se puede hacer para salir de aquí.
—Le voy a soltar, pero no haremos nada. Simplemente, esperaremos.
—¿Qué es lo que hemos de esperar? —mascculló Parks—, Me parece que usted y yo hemos llegado al final del camino. ¿No me daría el beso ahora?
—Tiene los labios tumefactos, le dolería. Esperaremos mejor ocasión.
—¡Caray, con la mejor ocasión! ¡Lo quiero ahora! Y además, tiene que

ser un beso de amor... ¿Se ha estado acordando de mí?
—Muchísimo —sonrió Helen, que estaba soltando la mano derecha del magullado Parks—. ¿Sabe?: es usted admirable, lo reconozco. ¿Cómo puede conservar ese espíritu jovial y de entereza en una situación como ésta?
—Morir por morir, que sea con placer. ¡Dame un beso, amor mío!
Helen terminó de soltar la mano de Parks, movió la cabeza, y se inclinó, al parecer dispuesta a besarle. Entonces vio, al otro lado de la cama, el bulto cubierto con una manta. Se irguió, dejando a Parks decepcionado, y rodeó la cama hacia el bulto...
—Ven aquí —dijo Parks, con voz tensa—. Doctora, ven aquí, no metas las narices donde no te...
Helen no le hacía caso. Había llegado ante el bulto, asió la manta, y tiró de ella. Durante un instante, Helen Mc Dermont quedó como paralizada de cuerpo y mente. No comprendía. De pronto, comprendió, asimiló que lo que estaba contemplando era el cuerpo de un hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, las piernas flexionadas... Un hombre que no tenía cabeza.
Helen se pasó las manos por el rostro desencajado. No se trataba de trucos, sino de realidades. Realmente cometían aquellas atrocidades. Algún pobre desdichado parecido corporalmente a Otis había sido decapitado, la niña Daisy había sido descuartizada... ¡Por Dios! Toda aquella gente, empezando por Psyche y terminando por los portadores de caras que cometían aquellas barbaridades eran unos sádicos criminales...
No pudo evitarlo... Lanzó un grito agudo, de pronto, como dejando escapar aquel terror que le paralizaba la sangre.
Y todavía estaba vibrando el grito cuando la puerta se abrió, y entró Otis Cara de Sapo, sonriendo sádicamente.
—Sabía que lo haría... —exclamó—. ¡Sabía que gritaría así! ¡Qué grito tan maravilloso!
Helen se volvió a mirarlo con ojos desorbitados. Detrás de Otis estaba el otro hombre, mirándola con lúbrica expresión.
—Vamos, vamos serénese —dijo Cara de Sapo—. Deseo que se reponga rápidamente, porque usted me gusta muchísimo. Ya habrá comprendido que la película en la que yo la violaba la hicimos Anabel y yo divirtiéndonos mucho, pero... Anabel no es usted. Usted es mucho más hermosa... así que ahora lo haremos de verdad usted y yo. Por eso he estado esperando aquí abajo, simulando estar ocupado. La vamos a llevar al otro cuarto, donde la ataremos a la cama, como a Parks, para que yo me divierta con usted... ¡Me gustó tanto en cuanto la vi desnuda...! Venga, reaccione y acompáñenos. Mi amigo me ayudará a atarla adecuadamente...
El hombre entró en el cuarto, asió a Helen de un brazo, y tiró de ella,

sacándola fácilmente al pasillo. Helen parecía una simple muñeca. Comenzó a reaccionar cuando, ya dentro del otro cuarto con Otis y el otro, Otis se dispuso a quitarle el vasto camisón.
—¡No me toque! —chilló Helen.
—No sea estúpida. ¿Prefiere que le demos antes unos cuantos golpes? Pórtese bien, y mi amigo y yo no la lastimaremos: sólo la gozaremos. ¿No se aviene a razones? Está bien... Wren, dale un buen golpe a esta idiota.
El llamado Wren se adelantó, sonriendo, alzando un puño enorme, sin duda dispuesto a golpear a Helen... pero se llevó la sorpresa de su vida: la pierna derecha de la doctora se movió velozmente, y su pie se hundió en el bajo vientre de Wren, que lanzó un chillido, se llevó las manos al lugar golpeado y cayó de rodillas.
Otis Cara de Sapo lanzó un grito de alarma, pasó rápidamente detrás de Helen, y le golpeó en los riñones con los dos puños juntos. La doctora gimió, se tambaleó, y cayó también de rodillas, frente a Wren, que farfulló una maldición y, desde su postura de rodillas, se abalanzó contra ella, derribándola completamente y colocando su cuerpo sobre el de Helen, aplastándola.
—¡Eso es! —gruñó Otis—. ¡Dale fuerte y hagámoslo con ella!
Wren se disponía ya a golpear a Helen, pero ésta se había convertido en una gata furiosa. Primero un golpe en la garganta, y luego un tremendo zarpazo sobre un ojo de Wren hicieron gritar de nuevo a éste, que disparó su puño rabiosamente... Lanzó otro aullido cuando, al ladear Helen la cabeza, el puño golpeó en el suelo, y se oyó el crujir de los nudillos. Otis se lanzó también sobre Helen, sujetándola de un brazo, farfullando obscenidades...
Estaban tan absortos en controlar a la inesperadamente combativa doctora que ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta se abría y aparecía Frederick Parks, no muy firme sobre sus piernas, pero decidido. El gesto de Parks se nubló al ver la escena, se acercó rápidamente, y, sin más, golpeó con la punta del zapato la inclinada cabeza de Wren, justo en la sien derecha. Wren lanzó una especie de ronquido, puso los ojos en blanco, y golpeó con su cuerpo a Otis, derribándolo. Desde el suelo, todavía sujetando un brazo de Helen, Otis vio a Parks, tuvo un instante de sorpresa... y recibió en plena boca el siguiente puntapié del agente de seguridad de la Casa Blanca. La boca de Cara de Sapo se convirtió en un surtidor de sangre mientras su esmirriado cuerpo parecía arrancado del suelo.
Cuando, sangrando como un cerdo, se colocó de rodillas, Parks tenía en la diestra la pistola que le había arrebatado a Wren, y Helen estaba a su lado, abrazada a su cintura. Otis abrió su enorme boca para gritar... y Fred Parks disparó.
Otis Cara de Sapo engulló la bala con su enorme bocaza, y cayó

hacia atrás, muerto.
—Larguémonos —mascullό Parks.
—No, no —exclamó Helen—, ¡son demasiados ahí arriba, es mejor que esperemos que vengan a por nosotros!
—¿Qué? ¿Quién va a venir a por nosotros?
—Tus compañeros. Cuando salí de la quinta para reunirme contigo, es decir, con el portador de tu cara, le dije a uno de los hombres que había dentro de la casa que no nos perdiera de vista, pues tu actitud me parecía extraña. No pudo intervenir él solo cuando me capturaron, pero supongo que nos siguió hasta aquí, y que si no ha hecho nada todavía es porque ha regresado a pedir ayuda... y ahora están pensando cómo deben actuar.
Fred Parks, que estaba atónito, sacudió de pronto la cabeza, y casi sonrió. Estaba horrible, con el rostro lleno de costras de sangre.
—¿Qué te parece? —masculló —. ¡Una chica lista...! Bueno, pues te diré una cosa: si esperamos aquí, y mis compañeros los acorralan, esa gente se refugiará aquí dentro, y nos harán picadillo de todas maneras, así que vamos a subir para... ¡Un momento, creo que tengo la... !
La puerta se abrió de pronto, y apareció uno de los sujetos que Helen había visto en el taller, diciendo:
—Hemos oído un disp...
No dijo nada más. Se quedó mirando, bizqueando, la pistola de Wren, que Fred Parks colocó ante sus narices. Palideció, tragó saliva, y eso fue todo.
—Así me gusta —dijo Fred Parks—: discreto y prudente. Y ahora, danos otra prueba de tu discreción volviéndote de espaldas. Es que queremos besarnos, ¿sabes?
Helen miró incrédulamente a Parks, mientras el sujeto se limitaba a obedecer, volviéndose. Parks no le hizo el menor caso a Helen, pero sí al sujeto, al que golpeó fuertemente en lo alto de la cabeza con la pistola. El hombre se desplomó, sangrante la cabeza, y Parks miró a la doctora.
—Sigues debiéndome el beso. Y ahora, ven conmigo. Se me ha ocurrido la idea del siglo para salir de aquí sin que nos molesten... y si en efecto mis compañeros están ahí fuera ya podrán atacar sin preocuparse por nosotros.
La tomó de una mano, salieron al pasillo, y entraron inmediatamente en el taller, donde los cinco hombres, de momento, no hicieron el menor caso. Uno de ellos se volvió, dispuesto a preguntar qué había sido aquel disparo... y se quedó mirando la pistola que le apuntaba. Los otros tardaron menos de dos segundos en darse cuenta de la situación, y todos quedaron inmóviles.
—Todos ustedes —dijo Parks, moviendo la pistola—, salgan de aquí

ahora mismo si no quieren que empiece a disparar. Y vayan a decirle a ese chiflado que si tiene cojones de venir a por mí le espero aquí mismo. ¡Venga, todo el mundo fuera!
Los empleados del taller se apresuraron a aceptar la oportunidad de salir tan bien librados de la situación, y lo abandonaron a toda prisa. Bajo la desconcertada mirada de Helen, Fred Parks se asomó, asegurándose de que se disponían a abandonar el sótano. Cerró la puerta, miró alrededor, y dijo:
—Busca alguna bolsa de plástico grande.
Helen reaccionó. Encontró un paquete conteniendo varias grandes bolsas de plástico. Parks estaba descolgando algunas caras, que metió dentro de la bolsa de plástico, así como la pistola. Cerró la bolsa haciendo dos nudos en la boca, y señaló el sistema de tubos.
—Vamos a abrir el sumidero grande... —explicó—. ¿Sabes nadar? Quiero decir, nadar bien.
—Pues sí... Sí.
—Pues hala, doctora, a darnos un baño... de mierda, eso sí. Pero ya nos ducharemos. Lo que querrá decir que estaremos vivos, ¿comprendes?
—No.
—Vamos a salir por el tubo que vierte las escorias del taller al río, suponiendo que sea lo bastante amplio, que yo creo que sí, pues arrojan materias sólidas, y no pueden arriesgarse a que se obture. Tiene que ser muy amplio.
Frederick Parks tenía razón: el tubo de salida general de las escorias del taller era muy amplio.
—No esperemos más, doctora.

* * *

—Me pregunto qué estamos esperando —dijo Hamilton, de mal talante—. Sabemos que ella está ahí dentro, y somos los suficientes para atacar. O para ir a pedirles explicaciones.
Murray movió la cabeza. Su compañero tenía razón en todo, pero el riesgo le parecía excesivo. En primer lugar, podían equivocarse, y meterse en un feo asunto perturbando la labor de Helen Mc Dermont y de Frederick Parks, que, al parecer, también estaba allí. Luego, estaba el hecho cierto de que si no se equivocaban, y atacaban, los primeros en ser eliminados podrían ser, precisamente, Fred Parks y la doctora Mc Dermont.
—No sé —murmuró.
—Demonios, somos dieciséis hombres armados —explotó Hamilton—. Pase lo que pase tenemos las de...
El disparo, detrás de ellos, los sobresaltó. Murray, jefe del grupo que

había llegado al lugar a requerimiento de Hamilton, dio un grito de aviso, y todos los hombres que vigilaban la casa se ocultaron rápidamente. El disparo había llegado del río, por donde, ciertamente, no esperaban que nadie pudiera molestarles...
—¡Hey! —llegó casi enseguida la voz de Fred Parks—. ¡Muchachos!, ¿estáis por aquí?
Hubo un cambio de estupefactas miradas entre Murray y los demás. El primero en reaccionar fue el propio Murray, gritando:
—¡Freddy! ¿Dónde demonios estás?
—¡Acabo de tomar un baño en el río! ¡Allá vamos!
La aparición de la doctora Mc Dermont, con un camisón que quizá era blanco, pero sucísimo ahora, y de Parks, hecho un adefesio, provocó una estampida de varios hombres hacia ellos, pero Parks alzó las manos, en una de las cuales tenía la pistola.
—¡Ni os acerquéis, idiotas! ¡Estamos oliendo a mierda que da asco! Y ahora escuchadme bien:, dentro de esa casa y del garaje, hay una pandilla de locos criminales que no merecen tregua ni consideración alguna. Creedme, no merecen más que la muerte, de modo que... ¡duro con ellos!
—¿Estáis bien, Freddy? —preguntó Murray.
—¡No ves que no, so cabrito! ¡Dejadnos en paz y encargaos de esa gente!
Murray asintió, y comenzó a dar las órdenes para el ataque. Parks y Helen se quedaron entre los árboles, los dos con aspecto en verdad repugnante, desconsolados... pero sanos y salvos tras el viaje por el grueso tubo que finalmente los había llevado al río.
—Doctora —dijo Parks—, eres una chica formidable. Pe ro supongo que no es el momento de recordarte lo del beso.
—¡ No sé cómo puedes tener ganas de decir tantas tonterías! —casi sollozó Helen.
Parks iba a decir algo más cuando comenzaron a sonar los disparos. Frunció el ceño, titubeó, se miró...
—Qué demonios —gruñó —, no tiene nada que ver que esté hecho un guarro para que les ayude. Tú no te muevas de aquí.
—¡Fred, no me...!
Pero aunque torpemente, Frederick Parks corría ya en pos de sus compañeros. No vio a ninguno de éstos, pero sí oyó los disparos, por entre los árboles. Desde la casa les estaban replicando, y también desde el garaje... De pronto, del garaje salió uno de los automóviles, a toda potencia. El fuego de los compañeros de Parks se concentró en el coche. Se oyó el rebote de docenas de balas, chirridos, el rugir del motor... El coche pasó como si tal cosa entre los agentes del servicio de seguridad de la Casa Blanca, y, más retrasado que los demás, Fred Parks lo vio llegar, atónito. Era imposible que...

A través del cristal parabrisas vio los rostros de Psyche y la maldita Anabel, que habla gozado torturándole. Era una mujer escalofriante... y estaba escapando, junto con Psyche. Y de pronto, Parks lo comprendió: el coche en el que huían los dos principales criminales era blindado.

Muy bien.

Sin vacilar, Parks saltó al camino. El coche parecía volar hacia él, lo iba a arrollar, lo iba a despedazar...

Freddy Parks, calmosamente, fríamente, apuntó a la rueda delantera derecha, y apretó el gatillo cuando el coche estaba a menos de veinte metros. Ciertamente, las ruedas no estaban blindadas. El neumático reventó, el coche giró, saltó, rebotó, saltó de nuevo como si fuese una pelota y, en el momento en que Parks veía los desencajados rostros de Psyche y Anabel, el coche se estrelló contra uno de los gigantescos árboles, con tremendo crujido... La llamarada apareció de pronto, envolviendo el coche y el árbol.

Frederick Parks frunció el ceño, y susurró:

—Lo siento por el árbol...

—¿Está usted cansado, señor Parks?

Frederick Parks suspiró, recién tendido en el diván del consultorio, y dijo:

—Muchísimo, doctora. Han sido unos días terribles. Pero en fin, todo ha terminado bien, y los afectados por la tormenta mental se han repuesto muy rápidamente, al saber que aquellas cosas no las habían hecho ellos. En fin, todo eso.

—Me alegro mucho de que todo haya terminado bien.

—Pero usted no quiso colaborar en la fase final. ¿Por qué?

—Porque ya aclaradas las cosas, yo tenía que atender a mis pacientes, y me pareció acertado dejar que los doctores Beaman, Pough y Nichols atendieran a los suyos. Bueno, todo arreglado, entonces, ¿no es así?

—Pues... casi todo.

—Ah.

Parks volvió la cabeza hacia Helen, sentada junto a él, ataviada con su bata de impoluta blancura. Estaba más hermosa que nunca.

—Y además —dijo Freddy Parks—, ya no huele a mierda.

—Sí —sonrió Helen Mc Dermont —. Usted tampoco. Y su cara está casi bien. ¿Qué es lo que todavía queda por arreglar, señor Parks?

—Tengo un problema.

—Soy toda oídos.

—¡Desde luego que no! —exclamó Fred, sentándose en el sofá de un salto—. ¡Qué vas a ser toda oídos! ¡Tienes otras cosas que...!

—Señor Parks: ¿cuál es su problema?

—Pues el mismo que la primera vez que estuve aquí: estoy loco por ti.

—¿De modo que no era una broma?
—¡Claro que no! ¡Te amo locamente, doctora, lo juro y rejuro! ¡Desde el momento en que vi tu fotografía...! ¡Y no te digo nada cuando entré aquí y te vi en carne y hueso...! ¡Claro que no es ninguna broma!
—Menos mal —susurró Helen Mc Dermont.
Abandonó la silla, se sentó en el sofá junto a Fred Parks, y se abrazó a su cuello. Parks la abrazó por la cintura, y susurró:
—Recuerda que me debes un beso...
—Pues ya puedes empezar a cobrar cuando quieras.
Cuando Fred Parks hundió su boca en la de Helen McDermont, todo él sufrió un tremendo estremecimiento. Y comprendió que se acercaba una grandiosa tormenta... aunque no mental, desde luego.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



11736

9 788402 025135

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España